

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Aué!

«Aué» es en Tahití algo así como el equivalente al «aloha» de las Hawai, un saludo, un asentimiento, una exclamación…

En Tahití el espionaje es amable, discreto. Los espías no se molestan entre sí, con el lema de «vive y deja vivir». Pero parece que eso ha terminado ya.



Lou Carrigan

Aué!

Brigitte en acción - 160

ePub r1.1
Titivillus 19.09.2017

Lou Carrigan, 1972
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

El gigantesco *jet* de la Panam era un simple punto entre el cielo y la tierra. Una minúscula motita de polvo en el universo. Volando a más de doce mil pies, brillante al sol, rodeado completamente del azul del cielo y el mar, no podía resultar más insignificante. Ni su colosal envergadura, ni el poderosísimo rugir de sus motores a reacción, tenían importancia en aquella inmensidad… Era como estar metido dentro de una gran bola azul cerrada por todas partes.

—Impresionante, ¿verdad? —comentó míster Hawkins.

La pasajera que ocupaba el asiento contiguo al suyo, en el lado de la ventanilla, se volvió hacia él, sonriente.

—¿A qué se refiere, señor Hawkins? —preguntó.

El señor Hawkins tuvo entonces una vacilación. Estuvo tentado de decir que lo impresionante era ella, con sus grandes ojazos verdes, su espléndida melena rubia, su boquita que parecía pedir amor, su cuerpo espléndido, juvenil, perfecto, maravilloso, sensacional…

—Me refiero a lo que nos rodea —musitó míster Hawkins.

—Oh, sí… Se siente uno un poquito pequeño y ridículo en este mundo, ¿verdad? —aprobó la bellísima, hermosísima, fantástica, sensacional pasajera—. Por eso, es bueno volar de cuando en cuando por encima del mar, sin ver nada en lo que el hombre haya tomado parte. Nos hace recapacitar… ¿No está de acuerdo?

En lo que míster Hawkins estaba de acuerdo era en que aquella noche, ya en Papeete, capital de Tahití, él no podría dormir pensando en su bellísima, incomparable, celestial, divina compañera de viaje.

Pero dijo:

—Sí. Y es muy importante recapacitar de cuando en cuando sobre cosas diferentes a nuestros intereses y ambiciones. Yo, por ejemplo, voy a Tahití por negocios Pues bien: ¿no le parece

estupendo que durante el vuelo haya sido capaz de olvidarlos?

—Me parece estupendo y, además, conveniente —rió ella—. Cada cosa a su tiempo. Si ahora está viajando, disfrute del viaje. Cuando esté trabajando, disfrute del trabajo… Cada cosa a su tiempo… ¿No le parece, señor Cravens?

Al hacer la pregunta, la pasajera se inclinó hacia el pasillo, mirando a otro pasajero situado al lado opuesto. Un hombre alto, de hombros anchos, manos grandes y poderosas, bronceadas Debía tener cerca de cuarenta años, y posiblemente resultaba más asombroso y admirable de lo que pudiera haberlo sido a los veinticinco. Sus cabellos eran largos, de un rubio claro mezclado de algunas canas en las sienes. Su rostro era anguloso, su boca grande, fina, hermética. Y sus ojos, de un extraordinario color gris, parecían teñirse a veces del color del cielo y del mar. Era, en definitiva, un hombre absolutamente impresionante.

Volvió la cabeza al oír su apellido, miró a la bellísima muchacha, y alzó las cejas.

—Perdón, señorita Lafrance… ¿Qué decía?

Monique Lafrance sonrió deliciosamente.

—De nuevo se hallaba distraído, señor Cravens… Estábamos hablando de que somos simples motas de polvo en el universo. ¿No le parece acertada esta definición?

—Sí… Sí, desde luego. Muy acertada. Mucho.

—¿Cuáles son sus ideas respecto al mundo?

—Emm… Perdone, temo no haber entendido la pregunta…

—Respecto al mundo. ¿Qué opina?

—Opino que es muy grande —musitó Robert Cravens.

Monique Lafrance se echó a reír. Y esto no era cosa que pudiera ser pasada por alto, no señor. Cuando ella reía, cosa que había hecho con frecuencia durante el viaje, los pasajeros de primera clase del vuelo Los Angeles-Papeete tenían la impresión de que, muy lógicamente, ya que volaban tan alto, un coro de ángeles se había introducido en el avión para deleitarlos con música celestial. Incluso el impávido, inescrutable, impenetrable señor Cravens abandonaba por un instante su sombrío gesto pensativo.

—¡Ya sabemos que es muy grande! —exclamó la señorita Lafrance—. Pero yo le pregunto respecto al origen del mundo, e incluso respecto al nuestro. ¿Cómo, cuándo, dónde empezó todo?

¿Fueron primero las estrellas, luego el sol caliente, luego la Tierra, por fin el hombre…? ¿Qué opina?

Robert Cravens parpadeó, lentamente.

—Al parecer, señorita Lafrance, hay una teoría que muchas personas aceptan sobre este asunto. Pero a mí, aparte de que no tengo ninguna creencia religiosa, no me convence. Y podría añadir que jamás me ha preocupado esa incógnita. Hay un universo, estamos en él, y eso es todo.

—¿De verdad no le preocupa el origen de las cosas?

—En absoluto.

—Vaya… Según parece, es usted un hombre feliz.

—¿Feliz?

—Bueno… Quien no se preocupa por nada, es un hombre feliz. Eso dicen, al menos.

—Tampoco es exacto que yo no me preocupo por nada. Me preocupo, o al menos me ocupo, de mis asuntos.

—Aquí tenemos —sonrió míster Hawkins— al clásico *businessman* americano. ¿No es deplorable?

—¿Deplorable? —Frunció el ceño Robert Cravens.

—Oh, no se moleste, por favor… Me refería a que cuando se va a Tahití, hay que olvidarlo todo, divertirse, gozar de la vida… Es uno de los lugares más adecuados del mundo para conseguirlo. Yo diría que es casi un pecado ir a Tahití por negocios…

—Quisiera ser tan afortunado como usted —musitó Cravens—. Y como la señorita Lafrance.

—¡Oh, no! —exclamó ésta—. ¡Yo también viajo por negocios, como ustedes!

—¡Cómo! —protestó míster Hawkins—. ¡No es posible!

—Sí, sí… Tengo una casa de modas en París, y estoy intentando abrir sucursales en algunos lugares interesantes del mundo. Me parece que Tahití es uno de esos lugares, así que me puse en contacto con un comerciante de Papeete que…

La voz de la azafata, por los altavoces, interrumpió la de Monique Lafrance, vibrando con más fuerza. Dentro de diez minutos iban a tomar tierra en el aeropuerto de Papeete, así que se rogaba a los señores pasajeros que no fumasen, y que se abrochasen sus cinturones; la Panam agradecía la amabilidad de los señores pasajeros por haber elegido sus líneas de vuelo, tenían la esperanza

de que hubiesen disfrutado de un feliz viaje, deseaban que… etcétera, etcétera.

Monique Lafrance se abrochó el cinturón, mirando de reojo a Robert Cravens, en cuyo rostro había aparecido un gesto tenso, preocupado de nuevo. Luego, la más bella pasajera que jamás había tenido la Panam, miró hacia abajo, hacia el refulgente mar azul y verde. El *jet* iba perdiendo altura paulatinamente, y a lo lejos, le pareció ver una mancha oscura sobre el mar…

Tahití. Por primera vez en su vida, iba a Tahití para… asuntos de trabajo. Había estado antes, un par de veces, pero, realmente, sólo de paso, así que conocía muy poco la isla. Por supuesto, no se diferenciaría gran cosa de las Hawai, pero era un nuevo sitio a conocer, a fin de cuentas.

Tahití. Según las estadísticas, unas cincuenta mil personas viviendo en una isla de algo más de cuatrocientas millas cuadradas, casi todas ellas en la capital, Papeete Pero las estadísticas no contaban, por supuesto, los visitantes, que quintuplicaban, por lo menos, en su mayoría polinesios y chinos y una mezcla tal de estas dos razas y la blanca que prácticamente no quedaba nada de ninguna de ellas.

Tahití. Una isla en forma de ocho, formada por dos conos volcánicos separados por el de Taravao. La parte más grande es *Tahití-nui*; la más pequeña, en forma de pequeña península, se llama *Tahití-iti;* es decir, respectivamente, Tahití Mayor y Tahití Menor… Un paraíso situado en el cruce del paralelo diecisiete y treinta y cinco, y el meridiano ciento cuarenta y nueve y veinticinco… *¡Voilá!* Eso es Tahití. Cocos, plátanos, ñame, cacao, café, vainilla, naranjas, limones, caña de azúcar, mangos, papagayos… y árbol del pan. Asombroso. ¡Árbol del pan! También hay en las aguas de Tahití muchas ostras perlíferas: sólo hay que encontrarlas.

Sólo que, ciertamente, la rubia, bellísima, elegantísima y simpatiquísima señorita Monique Lafrance, no iba a Tahití a buscar perlas.

* * *

—¿Me permite que la ayude?

—No, no, señor Hawkins… Muchas gracias. Entiendo que han

venido a esperarme.

—Le aseguro que no es molestia.

—Es usted muy amable, pero no.

—Bien… Como guste. Espero que nos veremos con frecuencia en la ciudad. Yo voy a estar en el «Hotel Maua».

—Lo tendré en cuenta. Y si dispongo de tiempo me encantará disfrutar con usted de las delicias de Papeete.

—Bien… Son muy amables los aduaneros de aquí, ¿verdad? No se ponen pesados, ni hacen perder demasiado tiempo… En realidad, cuando uno va a darse cuenta, ya está listo de todo, y puede disponer de toda la isla… ¿Quiere que le llame un taxi, al menos? Está aquí esperando, con su equipaje, como una niña perdida…

—Le aseguro que no es fácil que yo me pierda, señor Hawkins He viajado mucho.

—Ya. Esto… Bien —sonrió desilusionado—, creo que me estoy poniendo un poco pesado, ¿verdad?

—No, no —negó con evidente cortesía Monique Lafrance.

Míster Hawkins tendió su mano.

—Ha sido un verdadero placer viajar con usted.

—Lo mismo digo, señor Hawkins… ¡Adiós, señor Cravens!

Monique había alzado la voz, y Hawkins volvió la cabeza para mirar en la misma dirección que ella. Un poco más allá, llevando en la mano izquierda una sola maleta de pequeñas dimensiones, Robert Cravens se detuvo un instante, la miró, e hizo un gesto con la cabeza.

—Adiós, señorita Lafrance —contestó. Y siguió su camino hacia el estacionamiento de coches.

Hawkins lo estuvo mirando un par de segundos, y acabó por encoger los hombros.

—No es muy amable el señor Cravens, ¿verdad?

—Tampoco es antipático —sonrió Monique—. Es, simplemente, un hombre muy preocupado. O, al menos, muy ocupado.

—Sí… Evidentemente. Bien: hasta la vista.

—Hasta la vista, señor Hawkins.

En cuanto éste se alejó unos pasos, Monique miró en dirección a Robert Cravens, ahora a través de los cristales. Se acercó a éstos y le estuvo mirando caminar decididamente hacia un punto, en el cual, los bellos ojos verdes de Monique divisaron en el acto a otro

hombre, que permanecía indiferente junto a un coche. Otro hombre muy serio, como preocupado. En pocos segundos, el atlético e impresionante Robert Cravens llegó ante aquel hombre, cambiaron unas palabras y el otro señaló hacia un coche. Mientras caminaban hacia el vehículo señalado, la alta estatura de Robert Cravens permitió a Monique ir viéndolo por entre los coches; es decir, por encima. Alto, poderoso, impresionante, hermético, preocupado…

—¿Señorita Lafrance?

Monique se volvió, todavía con el ceño fruncido. Pero sonrió en el acto al ver al menudo personaje, que apenas debía llegarle a ella por la nariz. Según cómo se le mirase, parecía polinesio; según cómo, parecía chino. Es decir, que tenía allí a un representante de la extraordinaria mezcla de razas de Tahití: chino y polinesio. Era un vejete que podía muy bien tener setenta años, con barbita blanca y corta. Su arrugado rostro tenía un desconcertante tono entre amarillo, rosa y marrón. Y los ojos, grandes y vivos, eran negrísimos, opacos. Llevaba un traje blanco, y en sus huesudas manos sostenía un sombrero de paja.

—Sí… Soy Monique Lafrance.

—Yo soy Jean Jacques, señorita Lafrance.

—Querrá usted decir que es Simón… ¿No? —Frunció el ceño Monique.

—Seré Simón si lo desea. Y siempre y cuando usted sea…

—¿Baby? —sonrió Monique.

Jean Jacques asintió con la cabeza, brillantes ahora los ojos. Tendió su diestra.

—Es un honor conocerla —musitó—. Sinceramente, jamás esperé que en Tahití pudiese suceder algo tan importante que requiriese la presencia de la agente Baby. ¿Me permite la maleta? Tengo el coche ahí fuera… ¿Le parece bien el «Grand Hotel»? Es de lo mejor de Tahití.

—De acuerdo. ¿Siguen los rusos inactivos?

—Sí. Llegaron, se distribuyeron por Papeete, se ponen en contacto personal con cierta frecuencia, pero… no hacen nada. Claro está que yo solo no puedo saber lo que hacen todos, pero sería demasiada coincidencia que sólo permanecieran inactivos aquellos a los que me corresponde el turno vigilar.

—Sí, entiendo… Sería demasiada coincidencia, en efecto. Si

unos no hacen nada, tampoco deben hacerlo los otros.

Jean Jacques asintió con la cabeza.

—¿Ha venido usted sola o en el mismo avión han llegado algunos Simones? —preguntó.

—He venido sola. Por el momento, puesto que nada hacen, los vigilaremos. Pero no se preocupe: si algo ocurre, todo está previsto para que podamos disponer de ayuda en el acto.

—Entiendo. Sí, por supuesto, usted debe haberlo previsto todo… Oiga: habla usted un francés perfecto.

—Bueno —sonrió Monique—. No olvide que soy Monique Lafrance, una parisiense millonaria y culta, Jean Jacques.

—Por aquí no se habla un francés tan impecable… Este es mi coche —Jean Jacques puso la maleta de Monique en el asiento de atrás, sin hacer el menor gesto por hacerse cargo del maletín rojo con florecillas azules de la bella viajera; luego, se sentaron ambos en el delantero, Y Jean Jacques dio el encendido—. Volviendo a los rusos: es evidente que están esperando algo. En total son siete y…

—Ocho.

—¿Cómo dice? —Alzó las cejas Jean Jacques.

—Digo que son ocho. Y lo que esperaban ya ha llegado.

—¿De veras? —Parpadeó el Tahitíano—. Bueno, yo he contado siete solamente. Y, por supuesto, teniendo en cuenta al residente de Tahití, el que se hace llamar…

—El verdadero nombre del residente en Tahití es Hipolit Galitzin —sonrió Monique.

—Viene usted bien informada, según observo. Incluso recién llegada parece saber más cosas que yo. ¿Le molestaría explicarme sus palabras anteriores? Yo digo que son siete.

—Y yo digo que son ocho, ahora. Lo que estaban esperando era un… auténtico director de grupo. Y, casualmente, ha llegado a Tahití en el mismo avión que yo, procedente de Los Angeles. Se hace llamar Robert Cravens, pero es ruso. Lo que sea que estén tramando, él será el encargado de dirigirlo.

—Bien… No me diga que sabe su nombre ruso.

—No… *Todavía* no, Usted ha debido verlo. Lo he saludado en el vestíbulo…

—Lo siento, estaba escondido. En el estacionamiento había uno de los rusos, y me pareció que si ellos se daban cuenta de que yo los

vigilo, no era conveniente que a usted la viesen conmigo. Sólo salí cuando al echar el último vistazo, ya no vi al ruso.

—Pues ese ruso debe ser el que estaba esperando a Robert Cravens. El cual, dicho sea de paso —Baby entornó los ojos, pensativamente—, no me ha parecido en absoluto un espía corriente. Por eso pienso que justamente a partir de este momento los rusos empezarán a moverse, bajo su dirección.

—Pues me gustaría, porque esta situación empezaba a ser molesta y aburrida.

—Debería tener un poco más de calma, a su edad, ¿no? —sonrió Baby.

—A mi edad, se tiene, en efecto, mucha calma. Sobre todo, teniendo en cuenta la mezcla de razas que hay en mí. Es poco probable que haya razas más sosegadas que la china y la polinesia, y yo tengo buena parte de ambas... Sin embargo, a mi edad, hay cosas que todavía llaman la atención. Por ejemplo: hasta hace unos días, Tahití ha tenido su espía residente ruso, y eso era todo. De pronto, empiezan a llegar rusos y más rusos... y no hacen nada. Llevo muchos años trabajando para la CIA y, para ser sincero, lo he pasado más bien aburrido que otra cosa. Comprenda usted que en estas circunstancias esté saltando de curiosidad por saber qué es lo que están preparando los rusos en Tahití, al fin.

—Lo comprendo. Pero, por el amor de Dios... ¿qué es lo que pasa aquí? —Pareció espantarse.

—No pasa nada —sonrió Jean Jacques—. Es el tráfico corriente en Papeete: cosa de locos.

Efectivamente, acababan de penetrar en la ciudad por Promenade de la France y, en pocos segundos, Baby se sintió como atrapada en un caos de ruidos y colores. Por todas partes aparecían bicicletas, velomotores, autos, con un desorden poco menos que suicida. A la izquierda, el gran muelle de Papeete, donde, entre embarcaciones menores, se veía un enorme transatlántico, que producía el efecto óptico de estar en tierra firme. Sobre ellos, el sol de la tarde, todavía alto, daba luz al mar, a la tierra, a los hombres y mujeres que iban de un lado a otro en sus ruidosos vehículos... A la derecha, la hilera de edificios donde estaba lo mejor de Papeete: los mejores hoteles, los mejores bares, *boites*, restaurantes... Todo en blanco, verde, azul y dorado de sol.

—Qué barbaridad —exclamó Baby—. ¡El tráfico está peor aquí que en Nueva York, o París…!

—Pero se soporta con mejores sonrisas. ¿Cuánto hace que no ha estado en Tahití?

—Cuatro o cinco años…

—Ya. Bien, lo sensato es acostumbrarse a ir a pie de un lado a otro. O en motocicleta, que es pequeña y se puede controlar en cualquier espacio reducido. También tiene sus riesgos, por otra parte, sobre todo si se conduce como esos muchachos…

Señaló a un grupo de Tahitíanos, chicos y chicas, todos con flores de hibisco en la cabeza, ataviados con *pareos*, repartidos por parejas en varias motocicletas, que formaban una cuña en el tráfico. Iban cantando *Aué, Aué, te vahiné Tahití*, riendo, agitando los brazos incluso algunos que conducían la motocicleta…

—¿Qué están gritando? —preguntó Baby.

—Cantan *Aué, aué, te vahiné Tahití*. Es una especie de… bienvenida, de buenos deseos, de saludo…

—¿Algo así como el *aloha* de las Hawai?

—Algo así —encogió los hombros Jean Jacques—. Aunque aquí, la palabra *aué* se emplea para muchas cosas, para todo. ¿Queda usted citada a las cinco para tomar unas copas, y le parece bien?: *Aué!* ¿Le proponen una noche de amor en la playa y la idea le gusta?: *Aué!* ¿Le parece bien el negocio que le han expuesto? *Aué!* ¿Pasa un amigo por el otro lado de la calle y usted quiere saludarle?: *Aué!* ¿Le ha gustado la comida que le han servido?: *Aué!* Por cierto, estamos llegando al «Grand Hotel» —lo señaló—. Espero que le guste.

—*Aué!* —rió Baby.

—Eso es —sonrió Jean Jacques—. *Aué!* Tengo la impresión de que se adaptará usted pronto a todo esto. ¿Le gusta el amor, la vida alegre, las fiestas, las buenas comidas, nadar a la luz de la luna, meterse bajo la cascada de un lago…?

—En mi opinión, a quien no le guste todo eso, está loco perdido, Jean Jacques —volvió a reír la divina—. Sin embargo, he venido aquí a trabajar. ¿Tiene usted idea de por dónde debemos empezar?

—¿Yo? —Jean Jacques detuvo el auto delante del «Grand Hotel», haciendo una seña de espera al botones que se disponía a correr hacia el vehículo—. Creí que sería usted quien diría cuándo y

cómo se tenían que hacer las cosas y qué cosas serían esas.

—Ni siquiera yo puedo partir de cero para empezar a hacer algo. Veamos… Puesto que, según mi teoría, ha llegado lo que esperaban los rusos, éstos empezarán en seguida a moverse. Por lo tanto, vaya a encargarse de vigilarlos, vea qué hacen, a dónde van o dónde se reúnen todos, y llámeme por la radio. Entonces, tomaremos decisiones. Mientras tanto, me instalaré, me bañaré y, si tengo tiempo, dormiré una hora. ¿De acuerdo?

—*Aué!* —sonrió Jean Jacques.

Capítulo II

Estaba tendida en la cama, completamente desnuda, y tan tranquila y dormida que parecía que jamás fuese a despertar.

Sin embargo, apenas comenzó a oírse en la penumbrosa *suite* el suave bip-bip-bip de llamada en la pequeña radio que había dejado sobre la mesita de noche, abrió los ojos, alargó un brazo, y tomó la radio.

—¿Sí? —musitó.

—Usted tenía razón —se oyó la susurrante voz de Jean Jacques—: son ocho ahora. Y están reunidos.

—¿Todos?

—Esta vez, sí: todos. El nuevo es un hombre muy alto y fuerte, de cabellos largos y cara de pocos amigos.

—Ese es Robert Cravens. ¿Dónde están?

—En una casa de las afueras, detrás de las chozas: Rué de Beaumarchais, veinticuatro.

—No se mueva de ahí. Y si hay alguna novedad mientras yo llego, avíseme por la radio. ¿Entendido?

—Aué!

Sonriendo, Monique Lafrance cerró la radio, saltó de la cama, y fue al armario. Se puso unos pantaloncitos diminutos, un sujetador aún más diminuto, y encima un vestidito azul oscuro, ligerísimo, de falda corta. Tomó unos zapatos de tacón alto, pero debió pensarlo mejor, y eligió otros de medio tacón cuadrado, de mucha mayor base… Dentro del maletín rojo con florecillas azules metió un bolsito de mano, del mismo color que el vestido.

Finalmente, se acercó a la puerta-persiana que daba a la terraza, desde la cual se veía el mar, todavía reluciente bajo el sol rojizo del veloz ocaso tropical. En pocos minutos, sería de noche… Lo cual era muy conveniente.

Echó un vistazo a su alrededor, a la casi fastuosa *suite* que había

ocupado en el «Grand Hotel», asintió con la cabeza, y se dirigió a la puerta… para describir un gracioso círculo de regreso hacia el cuarto de baño, haciendo un gesto de descontento. Se miró al espejo del cuarto de baño, amenazándose con un dedito, contemplando sus propios ojos, grandiosos, azules como el cielo y el mar.

—Brigitte, querida: cualquier día, te descuidarás sin apelación, y entonces…

Solventó el pequeño descuido. Esto es: se colocó sobre los azules ojos las microlentillas que les daban un tono verdoso. Respecto al cabello no había cuidado, pues era teñido, así que no tenía que ir cambiándose de peluca… Una vez convertidos en verdes sus azules ojos, asintió con la cabeza, y ya sí salió de la *suite*, dispuesta a tomar un taxi que la llevase al 24, Rué de Beaumarchais.

Veinte minutos más tarde, se apeaba del taxi en el principio de la calle mencionada. Esperó a que el coche se alejase y comenzó a caminar, mirando la numeración. De lejos llegaban risas y música… La inconfundible música de los Mares del Sur, bajo cuyo influjo, seguramente, hombres y mujeres, en alguna parte, debían estar bailando el *taure*, a juzgar por el ritmo fuerte, casi salvaje… De todos modos, aquel lugar no resultaba precisamente alegre y simpático, sino más bien sórdido. Cosas de Papeete: en su fachada al mar, lujo y belleza. Detrás, chozas, casas de barro y palmas, calles llenas de desperdicios… Lo cual, desde luego, no impedía a los Tahitíanos seguir bailando y cantando…

Una sombra se despegó de un portal, y la pistolita de cachas de madreperla apareció en el acto en la mano de Baby. Pero, al segundo siguiente, la espía internacional había reconocido a Jean Jacques, de modo que la pistolita volvió a sumergirse en las profundidades del tibio escote.

—Siguen ahí —dijo Jean Jacques, señalando la casa—. Sólo hay luz en la ventana del segundo piso, así que pienso que están todos reunidos en una conferencia. Parece que usted tenía razón en todo: les ha llegado el momento de hacer… lo que sea.

—¿Usted ha venido hasta aquí a pie?

—No. Tengo el coche cerca… ¡Cuidado!

Se metieron los dos en el estrecho portal, mientras por la otra punta de la calle aparecía un grupo de personas, y el sonido de la música llegaba con fuerza hasta allí. A los pocos segundos, no

menos de veinte muchachas y muchachos, todos ataviados con *pareos*, pasaban por delante del portal, bailando… Uno de los jóvenes los vio, se acercó, y comenzó a gritar algo; los demás acudieron rápidamente y comenzaron todos a bailar delante de Baby y Jean Jacques, riendo. Una de las jovencitas se bajó la indumentaria hasta la cintura, de modo que su pecho quedó parcialmente cubierto por el collar de flores, que destacaba menos que los blanquísimos dientes de la muchacha.

Jean Jacques dio un paso fuera del portal y comenzó a increparles en francés y en el idioma nativo, furiosamente. Hubo algunas risas y los jóvenes siguieron su marcha calle arriba… Jean Jacques volvió a cobijarse en el portal, refunfuñando, fija su mirada en la casa del número veinticuatro.

—Están todos un poco locos —farfulló—. Eso es lo que mejor saben hacer: reír y bailar. Se pasan la vida divirtiéndose.

—No es mala idea —sonrió Baby.

—Yo creo que todo debe tener una justa medida. Desde luego, si necesita usted una persona seria para un trabajo serio, no recurra a un Tahitíano. Lo que les gusta hacer son cosas… divertidas. Sólo si el trabajo es divertido lo aceptan. ¿Sabe a dónde van ahora?

—No.

—A cualquier playa solitaria, o quizá a una laguna… Pero sea cual sea el sitio que elijan, pasarán una noche de juerga y de… amor. Casi ningún día dejan de hacer el amor. Y no le dan la menor importancia, ni física ni moralmente. Son tan… exagerados e inconscientes en esto, que muchos de esos muchachos adquieren enfermedades peligrosas… Ellos las llaman *maladies d’amour*.

—Es un nombre muy bonito para una fea enfermedad —musitó Brigitte—. ¿Es que no saben hacer las cosas con cuidado?

—No les preocupa lo más mínimo. Desde luego, saben muy bien a lo que se exponen con tanta promiscuidad, pero les tiene sin cuidado, generalmente. Dicen que es mejor tener la *maladie d’amour* que *vivre sans amour*… Están locos.

—En muy buena parte, sí, según parece —admitió Monique Lafrance—. ¿Usted no piensa así, Jean Jacques?

—Bueno… A mi edad, todo eso se convierte en tonterías, Baby —sonrió el viejo Tahitíano—. Y se llega a la conclusión de que la poca vida que queda conviene más vivirla *sans amour* que con la

maladie d'amour, o cualquier percance parecido.

—Supongo que no tiene usted micrófonos colocados.

—¿Eh? ¿Qué…?

—En la casa número veinticuatro.

—Ah… No, no. ¡Claro que no! Siempre hay ahí alguno de esos rusos.

—¿Les ha tomado fotografías?

—Eso sí. Las tengo en mi tienda… Tengo una tienda de instrumentos musicales: acordeones, armónicas, guitarras, flautas… Ya sabe.

—Debió mostrarme las fotografías cuando me recogió en el aeropuerto, Jean Jacques. Pero como ya no tiene remedio, las veré en cuanto sea posible… Y añadiremos las que yo tomé de Robert Cravens durante el viaje… ¿Suelen estar reunidos mucho tiempo?

—¿Los rusos? Hasta ahora no se habían reunido todos, ya se lo he dicho. Y los que se reunían, charlaban apenas cinco o diez minutos. Puede que esta vez la conferencia se prolongue bastante…

—Espero que los rusos hayan aprendido a realizar conferencias desde la de Río de Janeiro —sonrió «Baby».

—¿Qué dice?

—Nada… Yo me entiendo. Bien… Esperaremos, no hay más remedio.

No tuvieron que esperar mucho. Apenas tres o cuatro minutos más tarde, la puerta de la casa número veinticuatro se abrió y apareció un hombre que cerró tras él. Arriba, la luz de una de las habitaciones, continuaba encendida. El hombre, que llevaba un portafolios, echó a andar rápidamente hacia el extremo opuesto de la calle.

—Ese es Hipolit Galitzin —musitó Jean Jacques—: el residente de la M. V. D. en Tahití… Acostumbra a tener el coche en aquella punta de la calle.

—¿Quiere decir que va a ir en coche a algún sitio?

—¿Cómo puedo saberlo? Lo que sí sé es que no le he visto nunca llevando un portafolios… ¿Quiere que le sigamos?

—Me parece lo más indicado —miró pensativa hacia la casa—. Seguramente, va a hacer algo que le impide llevar compañía, y los demás han quedado esperándole. Démonos prisa.

—Tranquila —sonrió Jean Jacques—. No hay nadie en toda

Papeete capaz de despistarme cuando yo le sigo. Vamos al coche.

Poco después estaban en el coche y Jean Jacques lo puso en marcha. Dieron la vuelta por otras calles, y cuando Baby comenzaba a pensar que ya jamás localizarían al ruso, Jean Jacques señaló con uno de sus huesudos dedos hacia delante.

—Ahí tiene el coche. Y el ruso va en él. Solo.

—Mantenga la distancia.

—*Aué.*

Salir de Papeete no fue precisamente un paseo sedante para los nervios. La noche había llegado ya y, precisamente por eso, los Tahitíanos se habían lanzado a la calle. Al contrario que en otras islas polinesias, los Tahitíanos gustan de la noche, y sus fiestas suelen durar hasta la madrugada. Por eso, en cuanto oscurece, el tráfico de vehículos y humano se hace mucho más denso, ruidoso, difícil, complicado, terriblemente enervante. Hasta el punto de que Monique Lafrance se alegró de tener al volante a Jean Jacques, que conducía impávido, sin alterarse por nada, ni siquiera por los flojos encontronazos que tuvo en dos, ocasiones con motocicletas ocupadas por parejas de alegres jóvenes, que se lo tomaron como se lo tomaban todo: a broma, a risa. Les tiraron flores y cada cual siguió su camino… En el fantástico muelle de Papeete, el gran transatlántico blanco había encendido todas sus luces, y parecía una miríada de estrellas que hubiese llegado a Papeete…

—Acérquese más a ese coche —señaló de pronto Baby.

—¿A cuál? —se desconcertó Jean Jacques.

—A ese de tono oscuro… Acérquese hasta colocarse junto a él; tan cerca, que yo pueda tocarlo.

El Tahitíano todavía estaba desconcertado. El coche que le señalaba Baby no tenía nada que ver con el que conducía Hipolit Galitzin, más adelantado; al volante iba un hombre, y junto a él, otro, ambos de raza blanca; es decir, que ambos eran *popoas,* como llaman los Tahitíanos al blanco puro…

—¿Los conoce? —preguntó Baby.

—¿A esos dos *popoas*? Los miraré bien cuando nos acerquemos más, pero mi vista es buena todavía… Les he visto varias veces.

—¿Eso significa que viven en Papeete?

—No, no… No forzosamente, al menos. Es imposible conocer a todo el mundo en Papeete. Algunos *popoas* tienen villas lejos de la

ciudad, y otros van y vienen… Aparte de que siempre hay caras nuevas en toda Tahití.

—Entiendo. Sin embargo, esos dos hombres conocen a Hipolit Galitzin: lo están siguiendo.

—¿Está segura?

—Completamente. Vamos, vamos, Jean Jacques, acérquese más…

—No es tan fácil como usted quisiera —refunfuñó el anciano isleño—. ¿Qué está haciendo?

—Ocúpese del volante —replicó Monique Lafrance.

Había abierto el maletín y, del doble fondo, estaba sacando una cajita de plástico, de la cual sacó un pequeño objeto metálico, que dejó en el tablier. Jean Jacques le dirigió una veloz mirada y frunció el ceño.

—¿Qué es?

—Un emisor magnético —Baby cerró el maletín, lo pasó al asiento de atrás, y recogió el pequeño emisor—. Colóquese junto a ese coche ya, como sea. No importa lo que pase, acérquese a él… Aunque tengamos un choque. ¿Está claro?

—*Aué!*

Convertido en un as del volante, Jean Jacques sorteó un par de vehículos, adelantándolos, casi llevándose por delante un grupo de velomotores conducidos por ruidosos Tahitíanos… En pocos segundos, consiguió su objetivo, emparejándose con el otro coche, a menos de dos palmos. Baby sacó el brazo por la ventanilla, en dirección al coche de los dos *popoas*, pero dando la impresión de que saludaba a alguien que había quedado atrás… Cuando retiró el brazo, el pequeño emisor ya no estaba en su mano. Se deslizó en el asiento, para evitar que pudiesen verla desde el otro coche si miraban hacia allí.

—Aminore la marcha, Jean Jacques. A partir de ahora, otros harán el trabajo por nosotros.

El coche del Tahitíano fue quedando atrás, hasta el punto de que Jean Jacques dejó incluso de ver el que conducía Hipolit Galitzin. Para entonces, estaban ya saliendo de Papeete, hacia el Sur, de modo que el anciano comentó:

—Si no lo alcanzo antes de medio minuto, ya no podremos encontrar a Hipolit Galitzin.

—No se preocupe por eso: llegaremos a donde él llegue.

Esta vez, Jean Jacques no dijo *aué!* Al parecer, no estaba muy convencido de la eficacia de la bellísima mujer que llevaba al lado, pero, como todos los agentes y colaboradores de la CIA en todo el mundo, hacía ya tiempo que tenía órdenes rigurosamente estrictas de ponerse a las órdenes de Baby y obedecerla al pie de la letra si algún día tenían que trabajar juntos. Y no sería él quien discutiera unas órdenes de la Central. Sobre todo, teniendo en cuenta que la responsabilidad de aquel trabajo correspondía íntegramente a Baby…

—Hacia la carretera de la costa —dijo ella, de pronto.

Jean Jacques le dirigió una mirada de soslayo, y la vio de nuevo con el maletín abierto sobre sus rodillas. En las manos, Baby tenía lo que parecía una radio a transistores, pero había alzado la tapa frontal, de modo increíble, dejando al descubierto un visor de cristal con una esfera y una aguja indicadora… La cual, por cierto, señalaba hacia la carretera de la costa. Cuando alzó la mirada, Baby le estaba mirando amablemente, y le guiñó un ojo.

—*Aué*!— dijo.

—*Aué!* —sonrió Jean Jacques-Simón de Tahití.

* * *

Veinte minutos más tarde, Baby tocó en un brazo al Tahitíano.

—Métase escondido donde pueda y pare el motor, Jean Jacques.

Éste sacó el coche del camino, y segundos después, estaban entre plantas y flores, bajo un grupo de cocoteros. Apagó el motor, y el rumor del mar llegó en seguida hasta ellos. A poca distancia, al otro lado del grupo de cocoteros, la luna trazaba un agrietado tajo plateado en el mar… Pero, además del rumor del mar, Jean Jacques oyó el cri-cri-cri crujiente del aparato que Baby tenía en las manos.

—Quédese ahí —musitó ella—. Apague todas las luces, y no salga del coche ni intervenga en nada a menos que yo se lo pida expresamente.

Metió en el bolsillo la radio, se tocó el escote como si dudase de que su pistolita estaba allí, y salió del coche. No se veía nada, excepto el brillo de la luna sobre el mar. Pero, apenas hubo caminado unos treinta o cuarenta pasos por el camino que el coche

había estado siguiendo hasta que ella le ordenó a Jean Jacques lo abandonara, cuando vio algunas luces por delante. Y aquellas luces le permitieron ver las siluetas de unas chozas que parecían flotar sobre el mar… Un poblado de pescadores. Y las chozas no estaban sobre el mar, sino en la playa, pero suspendidas sobre pilares de madera. Había muy pocas luces y, cuando se acercó no pudo ver a nadie. Pensó que seguramente estarían por las playas o, muy probablemente, divirtiéndose en Papeete, así que la ausencia de moradores le pareció suficientemente explicada.

De pronto, al lado de una de las chozas, vio la forma de un coche. Parecía el de Hipolit Galitzin… ¿Y el otro coche? Tenía que estar por allí, puesto que la señal del receptor…

Lo vio de pronto, a su izquierda, metido entre la vegetación. Se acercó cautelosamente, y pronto pudo ver que no había nadie en el vehículo. Se alejó, regresando al camino, y miró de nuevo hacia donde estaba el coche del residente de la M. V. D. en Tahití… El silencio era impresionante en el poblado, hasta el punto de que de no haber sido por el rumor del mar, habría parecido que todo estaba muerto allí…

De algún punto del poblado llegó un alarido, de pronto. Inmediatamente, otro, que se cortó de pronto, mientras Monique Lafrance, ya pistola en mano, se volvía, intentando localizar el lugar, la choza donde había gritado… como si lo estuviesen matando.

Echó a correr hacia las chozas más cercanas a la playa, alejándose de aquella junto a la cual estaba el coche de Galitzin, comprendiendo que éste había dejado el vehículo lo más lejos posible de la cabaña hacia la cual se había dirigido… Posiblemente, había ido a matar a alguien… Aunque su actitud era la de quien acudía a una cita…

Llegó a la playa, pero no vio nada. Se volvió, desorientada. Una mujer gordísima, desnuda, había aparecido en la entrada de una de las chozas, y parecía estar preguntando algo, excitada, pero no la hizo el menor caso, quizá porque ni siquiera podía entenderla. Ante la abertura de otra de las cabañas alzadas aparecieron dos niños… En otra, un hombre de cabellos tan blanquísimos que la luna pareció fundirse en ellos…

Y, por último, en otra, un *popoa*, alto, vestido con traje

completo… Apareció encorvándose, dando traspiés; llegó al borde del porche alzado y, puesto que siguió caminando, cayó sobre la arena, de bruces, salvando de tan poco agradable manera los casi dos metros de altura… Una ola llegó allí, bañando al hombre sobre las brillantes arenas.

Baby corrió hacia él, sin preocuparse porque sus pies se hundían en la arena. Se arrodilló junto al hombre, le dio la vuelta, y se quedó contemplando el rostro de Hipolit Galitzin, el residente de la M. V. D. en Tahití… Al mismo tiempo, más lejos, se oía el rumor de un motor, y la espía se irguió vivamente. Por un instante, pareció que fuese a echar a correr hacia donde había visto escondido el coche de los dos *popoas*, pero el buen sentido se impuso: a aquellos dos sujetos podía encontrarlos cuando quisiera, gracias al emisor magnético que sin saberlo llevaban en el coche. En cambio, urgía y convenía atender a Hipolit Galitzin.

Sacó la radio del bolsillo y la abrió.

—¿Diga? —Oyó a Jean Jacques.

—Va a pasar el coche de los dos *popoas* cerca de usted dentro de unos segundos. No haga nada. Cuando ellos estén lejos, venga al poblado de pescadores.

—Bien.

Cerró la radio, la guardó en el bolsillo, y puso una mano sobre el corazón de Hipolit Galitzin…, que latía, por cierto, pero muy débilmente. Retiró la mano manchada de sangre, pero la lavó en el acto con el agua del mar que llegaba hasta ellos.

—… Muerto —gemía Galitzin—. Era… trampa… Micha… Hay que decírselo a Micha… La plataforma… ¡La plataforma…!

—Tranquilícese —dijo Baby casi cariñosamente, en ruso—. Avisaremos a Micha.

—Dinero… trampa que… muerto.

Baby alzó la cabeza y miró hacia la cabaña de la cual había salido el ruso. No se veía a nadie allí, pero en otras habían aparecido niños y personas mayores. Las mujeres eran todas muy gordas…

—No se mueva —aconsejó, siempre en ruso—. Le llevaremos muy pronto con Micha, Hipolit. No se mueva.

Se puso en pie, fue hacia la choza, y subió por la escalerilla de delgados troncos, sacando la pistola. Asomó un instante la cabeza y

todo lo que pudo ver fue una mancha blanca en el piso. Entró y se arrodilló junto al otro hombre, al que también puso una mano sobre el corazón. Éste había tenido menos suerte que Galitzin en cuanto a supervivencia: sus problemas habían terminado para siempre.

Le tomó de una mano y lo llevó a la puerta. Allí, a la luz de la luna, contempló su rostro. Era un hombre blanco, en mangas de camisa. Rostro flaco, barbudo, como de una semana sin afeitarse, por lo menos. Debía tener unos cuarenta años… Temprana edad para morir.

Fue hacia el interior de la cabaña, distinguió la mancha blanca y alargó la mano hacia ella. En efecto, era la chaqueta del hombre muerto. La palpó, sin encontrar arma alguna. Pero sí notó la forma de una billetera, que sacó y deslizó por su escote rápidamente…

Afuera, oyó la llegada de un coche, y supuso que sería el Tahitíano Jean Jacques. No obstante, se asomó con todo cuidado, hasta convencerse de que, en efecto, era él.

—¡Jean Jacques! —llamó.

El auto se detuvo y Jean Jacques se apeó, acercándose a la choza, mientras Baby saltaba felinamente hasta la arena, cayendo junto a Hipolit Galitzin.

—¡Venga a ayudarme! ¡Vamos!

Entre los dos, llevaron al herido Galitzin al coche de Jean Jacques, colocándole en el asiento de atrás.

—Hay otro hombre muerto, en esa choza. Vaya a ver si le conoce.

El Tahitíano obedeció rápidamente. Cuando regresó, Baby estaba en el asiento de atrás. Había arrancado la camisa de Galitzin y con los trozos se dedicaba a taponar las dos heridas que tenía en el pecho, mientras el ruso seguía hablando, en su idioma…

—¿Qué está diciendo? —preguntó Jean Jacques.

—Ssst… Deje que vaya hablando. ¿Cree que esta gente avisará a la Policía?

—No sé… Es imprevisible lo que harán, pero creo conocerlos bien, y sé que no les gustan las complicaciones. Además, está claro que tenían escondido a ese hombre, así que quizá le entierren y den el asunto por terminado.

—Entonces, vámonos de aquí.

—¿A dónde?

—A cualquier lugar donde estemos seguros y tranquilos.

—Pues… Oh, sí, tengo un sitio así.

Puso el coche en marcha y se alejó. Los Tahitíanos no se habían movido de sus chozas todavía, y maldito si a Baby le importaba lo que pudiesen hacer a partir de ese momento. Sobre todo si no avisaban a la Policía.

—¿Conoce algún médico que quiera ganar mil dólares a cambio de una cura y tener la boca cerrada, Jean Jacques?

—Seguro que sí.

—Está bien. Vamos a ese sitio seguro, déjeme allí con Galitzin, y vaya a buscar a ese médico.

Capítulo III

Era un sujeto alto, gordo, desastrado, barbudo, definitivamente sucio, casi asqueroso. Pero demostró una aceptable competencia en su trabajo, y eso era todo lo que le importaba a Monique Lafrance.

—¿Vivirá? —preguntó cuando Galitzin ya estuvo curado y vendado.

—Desde luego. Es un hombre muy fuerte… Son mil dólares.

Baby asintió con la cabeza, abrió su maletín y del doble fondo sacó diez billetes de cien dólares, que el médico se guardó con gesto codicioso, brillantes sus ojos.

—Jean Jacques sabe a dónde llamarme si surgen complicaciones —dijo.

—De acuerdo. Pero, salvo que se produzca esa llamada, usted no ha atendido a ningún herido. ¿Está claro?

—¿Qué herido? —sonrió el grasiento sujeto.

Cerró su maletín, fue hacia la puerta, dijo «Aué!», y se marchó. Jean Jacques se acercó al catre donde yacía el herido y tras contemplarle en silencio unos segundos, murmuró:

—Nos estamos complicando la vida por un ruso, ¿se da cuenta?

—No es solamente un ruso: es un, espía.

—Precisamente. Pero un espía ruso. Me pregunto…

—No cavile tanto. Bien: ¿dónde estamos?

—En la casa de uno de mis nietos. Hace poco aceptó un trabajo en Sidney, y se fue con su mujer y sus hijos. Me dijo que se la vendiera, pero aún no…

—Ya, ya. Espero que nadie venga a fisgar por aquí.

—En Tahití, nadie se preocupa de la vida de nadie.

—Magnífico. ¿Conocía al hombre muerto?

—¿Al de la choza? Sí. Le he visto varias veces por Papeete. Y si mi memoria no falla, alguna de esas veces le vi con uno de los dos que iban en el otro coche.

Baby se quedó mirando atentamente a Jean Jacques, al parecer. Pero lo cierto era que estaba reflexionando. Sacó la billetera del hombre muerto y la examinó…

—Se llamaba André Colbert —musitó—. ¿Qué sabe de él?

—No sabía ni su nombre. Sólo que lo he visto varias veces por Papeete, y ya le digo que algunas de ellas en compañía de uno de los que iban en el otro coche.

—Veamos qué le parece esta teoría —recapacitó Baby—. El tal André Colbert formaba parte de un grupo dedicado a… a algo; ya averiguaremos eso. Fuese lo que fuese, no cabe duda de que Colbert comprendió que era de gran interés para el espionaje ruso, así que se puso en contacto con Hipolit Galitzin y, a cambio de cierto informe, le pidió una buena cantidad de dinero. Galitzin pasó aviso a sus superiores y éstos comenzaron a enviar hombres a Tahití para, finalmente enviar al que conocemos con el nombre de Robert Cravens. En cuanto éste llega a Tahití, se procede a enviar a Galitzin con un portafolios lleno de dinero al encuentro de André Colbert, que, evidentemente, llevaba varios días esperando, escondido en aquella choza…

—Seguramente los otros dos *popoas* lo estaban buscando para matarle.

—Sí… Pero no debían saber dónde estaba Colbert. En cambio, sí sospecharon que les habría vendido la información a los rusos, así que vigilaron a Galitzin, al cual también debían conocer, del mismo modo que le conocía André Colbert. Y fue el propio Galitzin quien los llevó hasta el escondrijo de André Colbert. Entonces, los dos *popoas* disparan contra Galitzin y Colbert, los consideran muertos, recogen el portafolios y escapan. Un buen negocio: han conseguido una importante cantidad de dinero y se han asegurado el silencio de André Colbert… *Aué!*

—*Aué!* —asintió Jean Jacques.

—Ahora, tenemos a siete rusos esperando el regreso de Hipolit Galitzin con el informe que debía venderle André Colbert. Cuando Galitzin no regrese, esos siete rusos van a ponerlo todo patas arriba, se lo aseguro… Pero como no tienen la información que esperaban, no podrán hacer nada. Y ahora, yo me pregunto: ¿eran necesarios ocho hombres, uno de ellos de primera categoría, para recoger unos informes?

—Depende de qué informes sean esos —musitó Jean Jacques.

—Exacto. Y no podemos dudar que el asunto tiene que ser importantísimo. Es decir, que de esos informes se derivaría una determinada acción por parte de la M. V. D. que requiere numeroso personal. *Aué!*

—*Aué!* ¿Qué cree usted que puede ser?

—Una plataforma.

—¿Una qué?

—Una plataforma. Galitzin la mencionó en la playa, y varias veces durante el viaje de vuelta.

—No comprendo… ¿A qué plataforma se refiere?

—No sé… Pero sí sé que Galitzin estaba muy angustiado… Yo diría más: aterrado. Habló de un tal Micha… Este Micha muy bien pudiera ser el tal Robert Cravens, Galitzin dijo que había que avisar a Micha… ¡La plataforma!, ha gritado varias veces… Usted que es de aquí… ¿no lo relaciona con nada? ¿No hay algo en Tahití que sea llamado así, algo que pueda ser relacionado con una plataforma…?

Jean Jacques estuvo reflexionando unos segundos, pero acabó moviendo negativamente la cabeza.

—No. No recuerdo nada que pueda ser relacionado con esa palabra, lo siento.

Monique Lafrance se quedó mirando, pensativa, al herido Hipolit Galitzin.

—Lo ideal sería que el camarada Galitzin se recuperase pronto y pudiera ponernos al corriente. De lo contrario, tendremos que preguntárselo a Micha.

—¿Está bromeando? —respondió Jean Jacques.

—Quizá. Aunque… realmente… es posible que tengamos otro medio de averiguar qué significa esa palabra. Me refiero a los dos *popoas*: puedo encontrarlos cuando quiera.

—Entonces, no sé qué está esperando.

—Simplemente, pienso que quizá ellos no sepan lo que nos interesa, en cuyo caso más vale utilizarlos que abordarlos directamente. Sí… Opino que antes de hacer nada sería conveniente asesorarnos respecto a la importancia que pueda tener este asunto.

—Pues yo no creo que los rusos se presten a asesorarnos.

—Depende. Si son ellos los que están tramando algo, desde

luego no serán precisamente comunicativos. Pero si son otras personas las que están preparando algo, y ellos tratan de evitarlo, es posible que aceptasen una ayudita de la CIA. No hace mucho, hubo una especie de… colaboración entre la M. V. D. y yo. Pero fue diferente, claro… Ellos creían que yo era rusa… No sé. En fin…, creo que lo mejor sería hacerles una visita de cortesía a esos *popoas*. Pero no puedo ir por la ciudad así, mojada, con manchas de sal en la ropa. Ni quiero presentarme en el hotel en este estado… ¿Puede conseguirme algún vestido?

—Sin duda —sonrió Jean Jacques—. Pero no de la elegancia que usted parece exigir.

—No importa. Cualquier cosa que esté bien. ¿Cuánto tardará en volver?

—Alrededor de media hora.

—De acuerdo.

Jean Jacques salió de la casa, tras calcular admirativamente las medidas de la divina espía. La cual acercó una silla al catre y se sentó junto a Hipolit Galitzin, contemplándole pensativa. Era una lástima que, una vez efectuada, la cura, se hubiese tranquilizado hasta el punto de dormirse, pero la cosa ya no tenía remedio. Quizá durante la noche el ruso volvería a delirar y Jean Jacques podría escuchar lo que… Torció el gesto. Sí, Jean Jacques podría escuchar, pero no entendería una sola palabra, pues desconocía el idioma ruso.

Inconvenientes de utilizar colaboradores de tercera categoría. Y puesto que Jean Jacques no podría entender una sola palabra de lo que dijese el ruso, lo mejor sería llevarlo con ella, aunque sólo fuese hasta el lugar donde estuviesen los dos *popoas*.

* * *

El receptor de señales emitía su fuerte cri-cri-cri indicativo de que el emisor estaba muy cerca. Y puesto que la aguja señalaba hacia la derecha, Baby miró hacia allí, hasta localizar el coche, estacionado en la avenida. De nuevo estaban en Promenade de la France, con los edificios grandes a su derecha. A la izquierda, en el muelle, el transatlántico gigante continuaba con las luces encendidas, y por todas partes había gente divirtiéndose. Había luces de colores, que

se apagaban y se encendían, señalando la ubicación de hoteles, *boites*, bares, restaurantes…

—El coche está ahí —musitó Baby, cerrando el receptor—. Pero no va a ser fácil localizar a los dos hombres. Habrá que esperar a que vuelvan al coche.

—Quizá no —dijo Jean Jacques, al volante—. Ahí delante está el «Quinn's», lugar de paso obligado para todo el mundo. Es posiblemente el bar más conocido y popular de Papeete. Puede que ellos estén en «Quinn's».

Baby miró hacia el bar que señalaba el Tahitíano, y estuvo pensativa unos segundos.

—Echaré un vistazo. Si dentro de cinco minutos no he regresado, vuelva usted junto al ruso y cuide bien de él.

—¿Habla en serio? ¿Pretende quedarse sola en Papeete, por la noche, y yendo detrás de dos asesinos profesionales?

La espía rió quedamente.

—Jean Jacques, supongamos que durante la noche una pantera sale a cazar, y por allí cerca hay dos… conejitos, por ejemplo… ¿Quién cree que debe estar preocupado? ¿La pantera o los conejitos?

—Los conejitos… ¿No?

—Exactamente.

—¿Y usted es la pantera?

—*Aué!*

Monique Lafrance recogió el bolsito, dentro del cual llevaba la radio de bolsillo y la pistolita, encargó al Tahitíano que bajo ningún concepto perdiera de vista su maletín, y se apeó. Jean Jacques la vio caminar decididamente hacia el «Quinn's», ataviada con aquel vestido color amarillo claro que le había conseguido. Desde luego, no era un modelo de Christian Dior, pero a aquella mujer le sentaba como si lo fuese. ¡Y con qué gracia movía la cintura al caminar…! Parecía la más dulce muñequita del mundo.

Jean Jacques se sintió triste cuando, cinco minutos más tarde, Monique Lafrance no apareció. Pero, fiel a las órdenes, puso de nuevo en marcha el coche y emprendió el regreso junto al malherido Hipolit Galitzin…

¿Cómo se las estaría arreglando Baby en «Quinn's»?

* * *

—Champán —sonrió el caballero polinesio, depositando la copa ante la bellísima rubia.

—Gracias —sonrió también ella.

Tomó la copa, y al ver los finos deditos el Tahitíano volvió a sonreír, seguramente porque había lanzado su mente por derroteros de muy personal placer. Para su desdicha, fue requerido en otro punto del mostrador, así que tuvo que privarse de la contemplación de la más bella mujer que había visto en su vida…, aunque fuese rubia.

Mientras tanto, la rubia Monique Lafrance dirigió de nuevo la mirada hacia uno de los espejos ovalados, por medio del cual estaba viendo a los dos *popoas* y al hombre que conversaba con ellos.

Un tipo de verdad interesante. Guapo hasta la exageración, con unos sonrientes y bellos ojos castaños de lo más simpático… Tenía todo el aspecto de un experimentado y alegre *playboy*: moreno, despreocupado, guapo. *Trés joli*. Llevaba una camisa rameada, de vivos colores, muy abierta, dejando ver el abundante vello del pecho. En su mano izquierda, en el dedo meñique llevaba una sortija con un enorme pedrusco rojo, quizá un rubí. Fantástico.

Las mesas estaban servidas por *vahinés*, esto es, muchachas Tahitíanas de larga cabellera negrísima, piel achocolatada o parda, grandes ojos brillantes, sonrisa siempre en marcha; iban ataviadas con falditas de paja, corpiños de tela roja y llevaban collares de flores al cuello. El guapo *playboy* las iba mirando a todas, y ya había hecho un par de bromas a dos de ellas, permitiéndose incluso el uso de las manos, cosa que no pareció molestar lo más mínimo a las *vahinés*… Al contrario, también ellas contemplaban con gran interés muy personal al bello sujeto.

Las *vahinés* iban de un lado a otro moviendo las caderas de ese modo que solamente las mujeres de los Mares del Sur conocen, y que es capaz de dejar sin aliento a cualquier hombre no acostumbrado.

De pronto, la mirada del bello *playboy* se posó en la espalda de Monique Lafrance, la cual bajó en el acto los ojos, para evitar que él se diese cuenta de que le estaba mirando a través del espejo. Cuando los volvió a alzar, el *playboy* no la miraba a ella: estaba

conversando animadamente con los dos popoas, que se pusieron en pie y se alejaron hacia la salida. De pasada saludaron a otro hombre, que produjo un sobresalto y acto seguido un escalofrío a la señorita Lafrance. Un sujeto sombrío, que ni siquiera contestó al saludo… Un sujeto que debía medir cerca de dos metros, de hombros colosales, larguísima cabellera negra, ojos pequeños y hundidos, boca grande, de gesto hostil. Llevaba una cinta de colores en la frente, sujetando los largos cabellos. Una especie de jersey-camiseta de color blanco se ceñía a su poderoso tórax y a sus brazos, haciendo destacar una cantidad tal de enormes músculos que resultaba definitivamente pasmoso… y sobrecogedor. Evidentemente, era Tahitíano, pero mestizo. Y en absoluto parecía disfrutar del mismo carácter alegre que Baby había notado en todos los Tahitíanos. Lo cual no debía ser por causa de su mestizaje, ciertamente, pues si hay pocos lugares en el mundo donde no existe la discriminación racial, uno de ellos es Tahití.

—Qué barbaridad —pensó la espía—. Me gustaría saber cómo se las arreglaría Uno para vencer a ese… monstruo. Por mi parte, no quisiera tener nada que ver con él, eso es seguro…

Las luces se apagaron, causándole de nuevo un ligero sobresalto. En el escenario aparecieron una docena de *vahinés*, con sus falditas de paja, comenzando a moverse en seguida, de aquel modo cadencioso, trepidante, al son de guitarras y tambores… «Baby» volvió a mirar por el espejo, y en la penumbra, vio al coloso Tahitíano ante la mesa del bello *playboy*, el cual movía negativamente la cabeza, sonriendo. El enorme Tahitíano volvió a su mesa, y eso fue todo… hasta medio minuto después. Entonces, el *playboy* se puso en pie, y comenzó a caminar hacia el mostrador. Baby volvió a bajar los ojos. ¿Sería posible tanta suerte?

—Hola —oyó la voz tras ella, en inglés—. ¿Americana?

Volvió la cabeza y contempló con amable sonrisa al bellísimo *playboy*.

—Francesa —aclaró—. De París, precisamente.

—¿De veras? —El guapo varón puso los ojos en blanco—. ¡Ah, París, mi París…! ¿Cuánto tiempo hace que estuvo usted allí?

—Tres días.

—¡Tres días! *Oh, mon Dieu*… ¡Cómo la envidio! Hace por lo menos tres años que no he estado en París. ¿No es para morirse?

—No sé —rió ella—. A mí me parece que no hay para tanto. Es una ciudad grande, ruidosa, llena de coches, de gente con prisa…

—¡Pero es París!

—Eso no admite discusiones: París es París.

—¿Está usted de vacaciones?

—Más o menos. Digamos que estoy dispuesta a aprovechar cumplidamente un viaje de pequeños negocios de modas…

—*Ca va* —sonrió el guapo—. ¿Viaja sola?

—Ya soy mayorcita.

El hombre se echó a reír. Se sentó en un taburete junto a la bella rubia, la miró atentamente y, por la expresión de su mirada no cupo la menor duda respecto a su total aprobación.

—¿Me permite invitarla a más champán? Bueno, eso en el supuesto de que no la esté molestando, claro.

—Al contrario —musitó ella.

—Ah… Es usted simpática y cordial… ¡Toda una perfecta francesita! —Hizo una seña al camarero, sugiriendo dos copas más de champán—. Mi nombre es Roland.

—Monique. Dígame, Roland: ¿qué están bailando exactamente ahora esas bellas jovencitas?

—Una *otea*. ¿No había estado antes en Tahití?

—No. En las Hawai sí he estado algunas veces.

Parece que el baile es más o menos el mismo, ¿no?

—Aproximadamente. Cuando se la escucha durante mucho rato, esta música comienza a parecer un poco… sosa y monótona, pero eso es al principio. Luego, cuando uno está acostumbrado a ella, llega a la conclusión de que es una de las más bellas y dulces músicas del mundo… Sí… Sugiere dulzura, paz y buena armonía entre los hombres.

—Y entre las mujeres y los hombres —rió Monique.

—Sí —sonrió maliciosamente Roland—. Verdaderamente, en los Mares del Sur, el buen entendimiento entre el hombre y la mujer es espontáneo y sencillísimo: todo se reduce… digamos… a la mutua complacencia. Como en París… pero más.

Monique volvió a reír.

—¡Pues no está mal este lugar…!

—Es un paraíso —rió también él—. No hay problemas en ese sentido. Un hombre hace así —chascó dos dedos—, y tiene el

problema vital solucionado. Y no estoy exagerando. Aquí, el amor es la base de la vida, la actitud fundamental. Y, por supuesto, a ningún Tahitíano se le ha ocurrido jamás que eso sea pecado. Aparte, claro, de que para ellos no existe el pecado. Viven, eso es todo. Lo cual sería muy diferente si esta isla hubiera quedado en manos de los ingleses o los americanos.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno… Usted sabe: el francés tiene un modo más… amable, más campechano de ver la vida. Es más tolerante en todo, especialmente, en el amor. Digamos que los franceses vivimos y dejamos vivir. Bien está que administremos la isla, pero no que queramos implantar a los nativos un modo de vivir al que no están acostumbrados. No sería moral. Ni justo.

—Tiene usted unos puntos de vista chocantes, Roland.

—¿Chocantes? ¿Acaso no está de acuerdo?

—Pues… Como buena parisiense, ciertamente, considero que el amor es algo que tiene que estar fácilmente al alcance de todo el mundo… Todo el mundo tiene derecho al amor.

—¿Incluso usted? —musitó Roland.

Monique Lafrance bebió un sorbito de champán, sin dejar de mirar fijamente los oscuros ojos de Roland. Cuando dejó la copa, había una sonrisita en sus labios.

—¿Entiendo que acaba de chascar dos dedos así —chascó dos deditos— en mi dirección, Roland?

—¡Por supuesto que no! Mire, esta noche he rechazado ya tres ofertas de otras tantas *vahinés*…

—¿Ofertas de qué?

—De amor, naturalmente.

—Oh, entiendo… Si ha rechazado tres ofertas, quiere decir que no tiene esta noche dispuesto el ánimo para el amor.

—¡Ni muchísimo menos! Lo que trato de decirle es que sé muy bien que con una parisiense no hay qué chascar los dedos. Queda feo… Pero aunque no chasque los dedos hacia usted, no quiere decir que mi ánimo esté… decaído, ni mucho menos. ¿Más champán?

—No, gracias. Ya he tomado antes otra copa, y… ¡Oh! ¡Han terminado de bailar!

Se puso a aplaudir como hacían los demás, incluido el guapísimo

Roland. Las *vahinés* sonreían y tiraban flores al público… Roland dejó de aplaudir, tocó con un dedo la barbilla de Monique Lafrance, y propuso:

—¿Te parecen suficientes mil francos?

¡Plaf!

La tremenda bofetada restalló en todo el bar, sonoramente, al no haber ya música. Y fue tan fuerte que Roland casi cayó del taburete… El guapo mozo tuvo que sujetarse al mostrador para no ir al suelo, y se quedó contemplando con ojos entornados a Monique Lafrance, que tras propinarle el fulminante bofetón, abrió su bolsillo, sacó un billete, y lo tiró sobre el mostrador.

—Yo invito, Roland. *Bon soir!*

Se oyeron algunas risas y numerosas sonrisas siguieron la marcha de la bella rubia hacia la salida. Pero eso fue sólo un instante, pues cada cual volvió pronto a su propia diversión. En el fondo del bar, el gigantesco Tahitíano de la cinta en la frente se había puesto en pie, pero a un gesto de Roland volvió a sentarse.

No obstante, cuando Roland se dirigió también hacia la salida de «Quinn’s», el Tahitíano fue tras él.

En la calle, Monique Lafrance acababa de encender un cigarrillo cuando oyó los pasos tras ella; lo cual la hizo sonreír duramente…

—Monique.

Cuando ella se volvió, ya no sonreía duramente, pero había en sus ojos una expresión de claro disgusto, que se acentuó cuando Roland se detuvo ante ella. Mientras tanto, el gigantesco Tahitíano había salido también del bar y se apoyó en la pared, a la espera.

—No creo que tengamos nada más que hablar usted y yo, Roland.

—*Mon Dieu*, ¡es la más terrible bofetada que he recibido jamás! —sonrió él—. Y, sin embargo, no sabe cuánto me alegro.

—¿De veras? —se sorprendió Monique.

—Me alegro infinitamente. ¿Me permite que se lo explique?

—Pues… Bueno, no dejará de ser curiosa la explicación del porqué un hombre se alegra de haber sido abofeteado en público.

—Veamos… Ya hemos hablado de Tahití, y del amor que tanto abunda, libremente. A pesar de eso, suele haber muchas mujeres, especialmente americanas y europeas que no… regalan el amor, sino que lo cobran. ¿Comprende?

—Comprendo. Y siento tentaciones de abofetearle de nuevo, Roland: usted ha creído que yo era de esas mujeres.

—No, no, no… Perdón. Me pareció que no, pero quise asegurarme.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—A mí no me gusta el amor que cuesta dinero. Tengo mucho, pero eso es algo que no me gusta pagar. Cuando la vi, me pareció la más hermosa mujer del mundo, y pensé… Bien, lo que pensé es fácil de comprender, pero no estaba dispuesto a pagar por ello. Lo considero humillante para ambos. Ahora estoy seguro de que valdrá la pena tener… amistar con usted. Si le ofrecí mil francos fue para estar seguro de que no iba a perder mi tiempo relacionándome con una mujer de la clase que detesto. Por eso, me alegro del golpe: no es corriente encontrar en Papeete una mujer como usted.

—Me parece que exagera.

—Bueno… Lo que quiere decir es que no he conocido nunca a ninguna mujer tan bonita, Monique. Y que saber que usted no acepta dinero bien vale una bofetada… aunque haya sido como esa. ¡*Mon Dieu*, qué trastazo!

Monique Lafrance parpadeó, vaciló, se mordió los labios…

—Lo siento, Roland… De haber sabido que usted había venido a mí precisamente por considerarme diferente…

—Oh, ya no importa. ¿Me ha perdonado, entonces?

—Me pregunto si usted me perdonará a mí…

—¡Por favor…! ¿Seguimos bebiendo champán? Pero en otro sitio, claro: tardaré algún tiempo en volver por el «Quinn’s».

Rieron los dos, ella nerviosamente. Roland la tomó del brazo, señalando un coche estacionado muy cerca de allí, pero ella se desasió, con suavidad, pero firmemente.

—No… Lo siento, Roland… Esta noche, ya no.

—¿Qué le ocurre?

—No sé… Estaba dispuesta a divertirme esta noche, pero lo sucedido me ha molestado tanto… No podría…

—He sido realmente torpe —murmuró él—. Y para demostrarle mi sincero arrepentimiento, no voy a insistir.

—Además, de pronto me encuentro tan cansada… He llegado hoy mismo a Tahití, he paseado… Creo que lo mejor será que vuelva al hotel. Mañana será otro día… si aún se acuerda de mí.

—Se convencerá de que me acuerdo de usted. La acompañaré…
—No, no… Mi hotel está aquí mismo. El «Grand Hotel». No se moleste…

—¿Puedo llamarla mañana?

—Sí… ¡Oh, sí! Pregunte por Monique Lafrance… Creo… Me parece que ese hombre tan alto nos está… espiando.

Roland ni siquiera volvió la cabeza.

—Se llama Koala —sonrió—. Y no nos está espiando: ocurre que es mi chófer, simplemente.

—¡Oh! Es tan… pavoroso. Bien… Adiós, señor…

—Roland Courtier —rió él—. Pero, por favor, creo que estaba mucho mejor antes: Roland y Monique… ¿No es suficiente?

—Sí… Por supuesto —ella tendió su mano—. Adiós, Roland.

El bellísimo *playboy* alzó la mano de ella y se la llevó a los labios, besándola lentamente.

—Hasta mañana, Monique —susurró.

Capítulo IV

—¿Quién es?

—Baby.

Jean Jacques abrió la puerta, y la espía entró en la casa. Sin mediar más palabras, ambos recorrieron el corto pasillo, hasta llegar a la habitación donde yacía el ruso Hipolit Galitzin. Baby se acercó a él, le tocó la frente, y aprobó con alegre gesto.

—Parece que está muy bien… ¿Ha dicho algo que usted haya podido entender, Jean Jacques?

—No ha dicho ni una palabra. ¿Qué ha pasado?

—¿A qué se refiere?

—Al «Quinn's».

—Oh, sí… ¿Conoce a un hombre llamado Roland Courtier?

—¿El astrónomo? —exclamó Jean Jacques.

—¿Astrónomo? —Parpadeó Baby—. Pues no sé… Es un hombre alto, bellísimo, de unos…

—¡Ese tiene que ser Roland Courtier! Es astrónomo, o al menos, aficionadísimo a la astronomía… Es muy conocido en Papeete… En toda Tahití, vamos. Llegó aquí hace algo más de un año y compró una hermosa villa hacia el Este, en la orilla del mar… ¿Iba con él un Tahitíano altísimo que…?

—Koala —musitó Brigitte—. Sí, iba con él. Una especie de monstruo de dos metros de altura, todo hecho de músculos.

—Pues ya no hay duda. Koala va siempre con Roland Courtier. Siempre. ¿Por qué ese interés por Courtier?

—Porque los dos *popoas* asesinos estaban hablando con él en una mesa cuando yo entré en «Quinn's».

—Ah… ¡Vaya!, ¿qué le parece? Jamás se me habría ocurrido pensar que Roland Courtier tuviera nada que ver con el espionaje… Es un millonario simpático y alegre, tiene muchos amigos… A poco de llegar a Tahití, se hizo traer un telescopio enorme, que ha

instalado en su villa. Al principio se hacían muchas bromas al respecto, pero, verdaderamente, Courtier demostró que de estrellas y cosas así entiende más que nadie. Creo que incluso ha escrito un libro, que le publicaron en Australia… En Melbourne, me parece. Oiga: ¿está segura de que *monsieur* Courtier…?

—No veo nunca visiones, Jean Jacques —refutó Baby—; si le digo que estaba con los *popoas*, es que estaba con ellos. Esto es extraordinario… Un telescopio… ¿Muy grande?

—¿El telescopio? Sí. Enorme. Courtier lo tiene como si se tratase de una joya única en el mundo, hasta el punto de que ni siquiera sus más íntimos amigos han podido acercarse a ese aparato… Courtier dice que no es para aficionados, y que no aceptaría bromas sobre sus estudios…

Monique Lafrance se sentó en la silla colocada junto al lecho de Galitzin, y se quedó mirándole. Pero, realmente, no le veía. Su mente estaba lejos de allí. Un telescopio… ¿Qué podía tener que ver un astrónomo y su telescopio con el espionaje? ¿Qué podía tener que ver un telescopio con la llegada a Tahití de siete agentes de M. V. D.? ¿Habían matado a André Colbert porque quería decirle a Hipolit Galitzin algo sobre el telescopio, o, simplemente, cosa que sí tenía sentido, el telescopio, o sea, la actividad de astrónomo, encubría otras actividades de Roland Courtier? Bueno, esto parecía evidente, desde luego. Pero… ¿tenía sentido que un espía llamase tanto la atención hacia él adquiriendo un telescopio gigante? Esto, naturalmente, sólo podía tener sentido si el telescopio formaba parte de algún plan… Un plan en el que interviniese un telescopio enorme. ¿Enorme? ¿Cómo de enorme? ¿Y… realmente buscaba con él astros y estrellas, miraba la luna, algún cometa…?

—Caracoles —dijo Brigitte de pronto, sonriendo desconcertada —. ¡Me gustaría echarle un vistazo a ese telescopio!

—No lo conseguirá. Roland Courtier es inflexible en eso… Ya le digo que ni sus mejores amigos de Papeete han conseguido acercarse al aparato. Incluso tiene algunos hombres vigilando por la playa y el jardín, para evitar bromas.

—¿Para evitar bromas? —exclamó Baby.

—Eso dice él.

—¿Esos hombres… están armados?

—No lo sé. Pero no me sorprendería.

—Ya —Baby quedó de nuevo pensativa—. Vamos a ver, Jean Jacques: ¿le parece que tiene sentido relacionar un telescopio y una plataforma?

El viejo Tahitíano quedó petrificado.

—¿Cómo dice? —susurró.

—Una plataforma y un telescopio. Sabiendo que existe un gran telescopio, y sabiendo que los rusos tienen algo que hacer respecto a una plataforma… ¿qué le sugiere a usted todo esto?

—Mmm… ¿Una plataforma volante? ¿Un ingenio espacial…?

—¿Le parece descabellada mi conclusión?

—Pues no sé… *Aué* ¡No entiendo nada de esto! ¿Pretende hacerme creer que Roland Courtier está vigilando con su telescopio algún ingenio espacial ruso o americano?

—Parece una estupidez, ¿verdad?

—¡Desde luego!

—Pues Rusia ha enviado a Tahití, que nosotros sepamos, a siete hombres, uno de los cuales es de primera categoría… ¿Y bien? ¿No dice ahora *aué*? ¿O no corresponde decirlo?

—¡Y yo qué sé! *Aué* se dice siempre, ya hablamos de ello… Se dice *aué* cuando todo está bien, cuando se aprueba algo, cuando se saluda o se despide uno, cuando se rechaza algo malo, cuando se admite algo bueno, cuando uno está contento… Decir *aué*, finalmente, puede significar que todo está bien, que estamos de acuerdo con todo lo que nos rodea… ¡Y yo no sé lo que me rodea en estos momentos!

—Pero los *popoas* quizá lo sepan —susurró Baby.

—¿Los que mataron a Colbert e hirieron a Galitzin?

—Claro Sí, es posible que ellos lo sepan. Al menos, deben saber algo más que nosotros, ¿no?

—Si usted lo dice…

—*Aué!* —sonrió inexpresivamente Baby—. ¿Dónde ha puesto mi maletín?

Jean Jacques fue a buscarlo. Cuando Baby lo tuvo en su poder, sacó el receptor de señales, y lo puso en marcha Inmediatamente, la aguja se movió, y comenzó a oírse aquel cri-cri-cri, pero muy apagado, muy lejano…

* * *

El cri-cri-cri se oía fuertemente ahora, y la aguja señalaba hacia un *bungalow* situado en la orilla del mar, a escasa distancia y, por supuesto, alzado sobre pilares de madera. Tan cerca del mar estaba que de cuando en cuando, una de las largas, lentas olas, llegaba debajo del pequeño y chato edificio de tejado de ramas.

Y no cabía duda respecto al buen funcionamiento del emisor, porque entre unos cocoteros, fuera del alcance del agua, se distinguía la silueta del coche.

—Es un aparato muy útil —sonrió Jean Jacques.

—No se mueva de aquí.

Baby cerró el receptor, salió del coche del Tahitíano y fue hacia el otro, cautelosamente. Regresó muy pronto, con el pequeño emisor magnético, que depositó en el maletín.

—¿No sería mejor dejarlo? —sugirió Jean Jacques—. Así, siempre sabríamos dónde encontrarlos.

—No se preocupe por eso. Ya sabemos dónde encontrarlos y, además, lo que nos interesaba de ellos lo hemos conseguido: llegar hasta el jefe.

—¿Roland Courtier?

—Evidentemente, ¿no? Sin duda, usted sabe dónde está la villa de nuestro hermoso astrónomo.

—Lo sabe cualquiera en Papeete.

—Bien No se mueva de aquí.

—¿A dónde va? —Respingó Jean Jacques.

—De visita. Si dentro de unos minutos alguien que no soy yo se acerca a usted, salga de aquí a toda velocidad. Y cuando esté a salvo —sacó un pequeño envoltorio del maletín, que entregó a Jean Jacques— tire esta bengala de modo que quede encendida sobre la bahía de Papeete. ¿Entendido?

—¿Qué objeto tiene la bengala?

—Ya le dije, Simón —sonrió la divina espía—, que yo siempre lo tengo todo previsto. Hasta luego.

Sin dar tiempo a Jean Jacques a más conversación, se alejó del coche, veloz y sigilosa como una pantera… en busca de dos conejitos.

* * *

Los dos conejitos tardaron un poco en despertar. Pero, por fin, la luz encendida debió molestarles lo suficiente y, casi a la vez, ambos abrieron los ojos.

—Buenas noches, *popoas* — saludó una dulce voz, en francés.

El saludo actuó como una señal de alarma. Los dos hombres se despejaron del todo bruscamente, y se sentaron en su respectivo camastro. Cuando vieron a la hermosísima rubia sentada en una silla de palma, mirándoles amablemente, parecieron estar soñando… Luego, los dos miraron hacía las sillas donde había dejado colocadas sus ropas. Habían estado durmiendo destapados y cubiertos únicamente por los calzoncillos, de modo que su situación no resultaba airosa, por cierto. Ni siquiera decorosa, puesto que se hallaban ante una damita de indiscutible calidad y categoría.

—¿Quién es usted? —exclamó al fin uno de ellos, con voz tensa, algo ronca.

—Una viudita.

—¿Una viudita?

—*Aué!* La viudita de André Colbert. ¿Le conocían ustedes?

Los dos hombres cambiaron una velocísima mirada. Luego, actuaron al mismo tiempo: uno de ellos fue hacia sus ropas, mientras el otro se abalanzaba hacia la rubia visitante nocturna, cerrando los puños, dispuesto a portarse de modo muy poco cortés.

La «viudita» se puso en pie, y cuando el *popoa* estaba muy cerca de ella, se colocó de lado, encogió una de sus bellísimas piernas y la distendió velozmente. Su lindo pie acertó de lleno en el bajo vientre del *popoa*, y éste, con un gemido, se detuvo en seco, desorbitó los ojos, abrió la boca… y cayó de bruces ante la rubita.

De donde se desprende que hay que ser cortés con las damas, sean o no sean viudas.

El otro *popoa* estaba buscando frenéticamente en sus ropas pero dejó de hacerlo cuando la rubita dijo:

—Me permití robarles sus pistolas. En cambio, yo —metió la manita en el escote—, tengo la mía.

Era cierto. El hombre que permanecía en pie se quedó mirando, aturdido, la pequeña pistolita que le apuntaba. El otro, el que había caído en el suelo, cometió una tontería. La más grande y definitiva tontería de su vida: se lanzó contra las piernas de la dama, se agarró a ellas, la derribó, y gritó:

—¡Ayúdame, René! ¡Mátala!

Mientras tanto, la dama, sujeta por las rodillas, había caído de espaldas, pero de un modo muy especial, sin golpearse, sin sufrir el menor daño y, en cambio, dominando perfectamente la situación, a pesar del pequeño contratiempo. El que la había derribado la soltó para enderezarse y dispuesto a lanzarse sobre ella… Lo cual consiguió hacer, pero…

Plof.

Mientras estaba en el aire, una bala salió a su encuentro, se hundió en su frente, y, cuando llegó al suelo, lo hizo ya muerto, ocupando el lugar dejado vacante por la rubia, que tras rodar un par de veces alejándose del molesto impacto, quedó de rodillas, fija su mirada en René, que sólo había podido dar dos pasos… Y que decidió no dar ninguno más, viendo la pistolita de nuevo apuntándole.

—¿Y bien, René? —musitó ella—. ¿Charlamos o peleamos? Ya ve que peleando no me gusta perder el tiempo. En cambio, charlando quizá lleguemos a un acuerdo.

El *popoa* se pasó la lengua por los labios. Luego, lentamente, se sentó a los pies de la cama, siempre fija su mirada en aquella peligrosísima mujer.

—De acuerdo —musitó ella—. Charlaremos. ¿Trabaja usted para Roland Courtier?

Un destello de alarma pasó por los ojos de René. Apretó los labios y su gesto se hizo más sombrío.

—Vamos, no sea estúpido —recomendó fríamente Baby—. Si seguimos a las malas, usted se va a arrepentir, se lo garantizo. Es mejor que conteste a mis preguntas. *Aué?*

La única respuesta que obtuvo fue otra mirada sombría, hostil. Baby encogió los hombros metió la manita en su escote y sacó la radio.

—¿Jean Jacques? —musitó.

—¿Sí?

—Venga a la cabaña. Tranquilo: estoy dominando la situación.

Apenas un minuto más tarde, Jean Jacques entraba en la cabaña, sin la menor dificultad, puesto que Baby había forzado ya anteriormente la puerta. Con elegancia, naturalmente. El Tahitíano dirigió una mirada al cadáver del *popoa* y luego miró al otro.

—Yo diría que éste no quiere colaborar, ¿verdad? —musitó, sonriendo siniestramente.

—En efecto… ¿Se le ocurre algo al respecto?

Jean Jacques volvió a sonreír. Fue a la parte destinada a cocina, tomó un tenedor y regresó, colocándose delante de René. Ante sus ojos, fue separando y retorciendo las puntas del tenedor, de modo que éste quedó convertido en una especie de garfio de cuatro retorcidas puntas, que parecían anzuelos.

—Dispárele al vientre —musitó el anciano mestizo—. Luego, tendré el honor de revelarle la técnica de mis antepasados chinos para arrancar de cuajo la lengua, ya no le sirve de nada. Se lo explicaré detalladamente: con una bala o una herida en el estómago, todos los músculos pierden fuerza y la boca se abre; entonces, sólo hay que apretar un poco la garganta con una mano y la lengua sale de la boca; conseguido esto, se clava en ella este anzuelo cuádruple, se le hace girar una vuelta completa y la presa está asegurada… Ya, sólo hay que ir tirando, lentamente, y la lengua es arrancada con toda facilidad… Desde luego, es *ligeramente* doloroso… pero muy efectivo.

—Mi admiración para sus antepasados: no conocía esa técnica. ¿Debo dispararle al vientre, dice usted…?

—No —jadeó René—. ¡No, no, no! Les… les diré… lo que quieran…

Jean Jacques hizo un gesto de disgusto. El anciano huesudo parecía en verdad desilusionado.

—Qué lastima… Hacía tiempo que no había tenido ocasión de recordar viejos placeres. En fin…

—René —sonrió Baby—: ¿mataron usted y su amigo a André Colbert por orden de Roland Courtier?

—Sí…

—¿Por qué?

—Porque André había traicionado a *monsieur* Courtier; iba a vender una información a un hombre…

—¿A un espía ruso?

—Sí.

—¿Conocían ustedes a ese espía ruso, lo estuvieron vigilando y, finalmente, gracias a él llegaron hasta donde se había escondido André Colbert esperando el dinero?

—Sí.

—Entonces, dispararon contra los dos, y se llevaron el dinero… ¿Cuánto dinero?

—Dos millones de dólares.

Baby quedó estupefacta.

—¡Dos millones de dólares…! —exclamó por fin—. ¿Qué clase de información iba a vender André Colbert que los rusos creyesen que valía dos millones de dólares?

—Era… era respecto a una plataforma… La hicieron caer al mar, y André consiguió saber dónde había caído exactamente. Debió ofuscarse por la ambición de lo que podía conseguir de los rusos…

—¿Por qué de los rusos? ¿Debo entender que la plataforma en cuestión es de ellos, de Rusia?

—Sí, claro…

—¿Qué clase de plataforma?

—No sé… Supongo que es una de esos artefactos que están poniendo en órbita… Es todo lo que sé. Ellos la hicieron caer, pero no sé qué…

—¿Ellos? ¿A quiénes se refiere? ¿A los rusos?

—No, no… A los tres hombres que hay en la villa de *monsieur* Courtier, esos que manejan el telescopio…

—¿Quiere decir que esos hombres *hicieron caer* una plataforma espacial puesta en órbita por los rusos?

—Sí… Sí, sí…

—Está loco —gruñó Jean Jacques—. ¡Está loco, o quiere tomarnos el pelo! ¡Le voy a…!

Baby le hizo una imperiosa seña, y continuó mirando fijamente a René.

—¿Quiénes son esos tres hombres, René? —musitó.

—No lo sé… Son… tipos raros, con barbas, caras de alelados… Sólo he podido verlos un par de veces, porque nadie puede acercarse a ellos ni al telescopio: siempre están rodeados de hombres armados…

—¿Cuántos hombres armados, aproximadamente?

—Por lo menos, veinte. Pierre —señaló al muerto— y yo sólo estábamos encargados de trabajos fuera de la villa, no hemos formado nunca parte de ese grupo de vigilantes.

—Según eso… ¿debo entender que esos tres hombres están

prisioneros de Roland Courtier?

—Así pienso yo, sí. Siempre están rodeados de hombres armados, es imposible que puedan alejarse. No dan un solo paso que no sea controlado, vigilado, estudiado… ¿Qué otra cosa pueden ser sino prisioneros de *monsieur* Courtier?

—Entiendo… Bien, parece que todo va encajando… ¿Usted no sabe dónde cayó esa plataforma?

—No.

—¿Para qué puede quererla Courtier?

—¡Y yo qué sé!

—¿Hay vigilancia de noche en la villa?

—Más que de día.

—Ya. Sí, es lógico… De noche es cuando se utilizan, preferentemente los telescopios. Pero no veo qué tiene que ver un telescopio con la caída de una plataforma volante puesta en órbita. A menos… que no sea exactamente un telescopio.

Tan asombrado quedó Jean Jacques como René, ambos mirándose con los ojos muy abiertos. Por fin, el viejo Tahitíano lanzó un gruñido.

—Bueno, ya sabemos por qué se han reunido tantos agentes rusos en Tahití, y esto era lo que queríamos, ¿no? Me parece que lo mejor que podemos hacer es dejar que ellos se las arreglen con sus propios asuntos.

Baby le miró con expresión distraída.

—¿Qué?

—Que allá los rusos, sus plataformas y sus asuntos, ¿no cree? Por nuestra parte, lo mejor que podemos hacer es dar por terminado este asunto: usted vuelve a la Central y yo a mi negocio. Lo que los rusos hagan en Tahití esta vez no es cuenta nuestra. Pero hay que pensar en lo que hacemos con este sujeto.

—Sí —musitó Monique—. Iré a buscar el coche y cogeré algo del maletín, que servirá para asegurarnos de que René duerme al menos durante cuarenta y ocho horas. Tenga —le tiró la pistolita a las manos—, vigílelo mientras tanto.

Salió de la cabaña, fue en busca del coche, regresó, y sacó del maletín una de sus ampollas de gas duradero. Se estaba apeando del coche cuando vio salir a Jean Jacques de la cabaña, tras apagar la luz. El viejo Tahitíano llegó al coche, se sentó al volante, y devolvió

la pistolita a Baby.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó.

—¿Lo ha matado? —susurró Monique.

—Bueno, él quiso atacarme, así que…

—Mentira.

—Está bien —sonrió Jean Jacques—. Mire, usted se irá de Tahití quizá mañana mismo, puesto que el asunto ya no merece el interés de la CIA, pero yo me quedaré aquí, ¿sabe? ¿Qué cree que harían conmigo Courtier y sus hombres cuando, al despertar, René los hubiese ido a decir que yo…?

—Está bien. Ya no tiene remedio.

—¿Aprueba que lo haya matado, entonces?

—No. Pero comprendo que usted quiere asegurarles de que nada va a ocurrirle, Jean Jacques. No hay más que hablar del asunto.

—*Aué!* ¿A dónde vamos? Supongo que a su hotel…

—¿Puede conseguir un par de botellas de vodka?

—Claro.

—Estupendo. Me encanta el vodka.

Capítulo V

Lo vertió con todo cuidado en la boca de Hipolit Galitzin, al cual habían apoyado previamente en la almohada y tras ésta un pequeño taburete, de modo que el herido agente de la M. V. D. había quedado cómodamente sentado. Tragó el vodka con bastante facilidad, parpadeó varias veces, lentamente, y, por fin, abrió los ojos… Pero aún no veía nada, sólo luces y formas inconcretas ante él.

—Salga —musitó Baby.

Jean Jacques se apresuró a desaparecer. La divina espía dio un poco más de vodka a Galitzin y, poco después, la expresión de los ojos de éste se concretó, se centró, adquirió una cierta viveza…

—¿Cómo te sientes, camarada Hipolit? —preguntó dulcemente la más astuta espía del mundo, por supuesto hablando en ruso.

Galitzin movió los ojos hacia ella, parpadeó, volvió a mirar a su alrededor, de nuevo a ella…

—Soy la camarada Irina Versakoia —murmuró siempre dulcemente Baby—. Micha y otro camarada te encontraron herido; al ver que tardabas tanto fueron a buscarte y te encontraron en un camino, cerca del poblado de pescadores… ¿Qué pasó?

—¿Dónde… dónde está… Micha? —jadeó Galitzin.

—Él y los demás están ocupados buscando a los hombres que os dispararon a ti y a André Colbert. Colbert murió, pero por fortuna, tú sólo quedaste malherido… ¿Quieres más vodka?

El herido asintió con la cabeza, y Baby le dio a beber otro trago. Luego, Galitzin suspiró, volvió a mirar a su alrededor y, finalmente, al parecer suficientemente despejado y consciente, miró de nuevo a… Irina Versakoia.

—¿Quién has dicho que eres?

—Irina Versakoia. ¿No te habló Micha de mí?

—No. No.

—Llegamos en el mismo avión, pero convenía que estuviésemos separados. Sin embargo, cuando te encontraron herido, Micha me llamó, para que me hiciese cargo de ti en esta casa donde tengo mi puesto… Es más segura que la casa del 24, Rué de Beaumarchais, por ahora.

—Sí… Entiendo…

—¿Te dijo André Colbert dónde cayó exactamente la plataforma?

—No tuvimos tiempo… de nada. Él quería ver el dinero, y… y mientras abría el portafolios y sacaba los fajos de billetes… llegaron los otros… No tuvimos tiempo de nada… Lo siento, pero los submarinos tendrán que seguir… esperando por estas… aguas.

La agente Baby controló perfectamente su sobresalto.

—Es muy arriesgado todo esto, Hipolit.

—Lo sé… Por eso pedí tanta ayuda y me enviaron al camarada Micha Ignatief… Pero no sabía nada de ti.

—Ni sabrías nada si no te hubieran herido, pues Micha siempre me mantiene alejada de él, como su jugada clave en caso de apuros, ya sea personal o de uno de nuestros grupos.

Hipolit Galitzin sonrió admirativamente.

—Micha es muy inteligente, lo sé… Por eso, siempre gana, y por eso le enviaron para recuperar cuanto antes esa plataforma experimental atómica… Ya verás como él consigue recuperarla…

Baby tragó saliva.

—Sí… Micha Ignatief la recuperará… Lo sé. Espero que no ocurra nada, mientras tanto.

—Micha dice que de momento no hay peligro… Las seis cabezas atómicas están bien sujetas a la plataforma, y no es fácil que se produzca ninguna explosión… ¿Tienes un cigarrillo, camarada Irina?

La «camarada Irina» apenas tuvo fuerzas para asentir con la cabeza. Y tuvo que volver a controlarse un poco para evitar el temblor de sus manos cuando encendió un cigarrillo para Galitzin. Éste dio una profunda fumada y, en seguida, comenzó a toser… Se puso pálido, sus ojos se desorbitaron… Baby le quitó inmediatamente el cigarrillo, y se apresuró a darle un sorbo de vodka que, si bien alivió la tos del ruso, le dejó con los ojos llenos de lágrimas.

—Será mejor que descanses, Hipolit —musitó Baby—. No te preocupes por nada; Micha y los demás camaradas lo resolverán todo.

—Sí… Sí, lo sé… Eres… una gran camarada…

—Descansa —sonrió ella—. Nada va a ocurrirte mientras yo esté cerca de ti. Espera… Te ayudaré a tenderte… No hagas ningún esfuerzo…

Quitó el taburete de atrás, ayudó al ruso a tenderse de nuevo completamente, le sonrió y estuvo a su lado hasta que Hipolit Galitzin medio se durmió, medio se desvaneció.

Entonces, Baby salió a donde la estaba esperando Jean Jacques.

Estaba tan sobrecogida de espanto ante la perspectiva de aquella plataforma experimental atómica rusa, cargada con seis cabezas nucleares, caída desde su órbita a la Tierra, que el Tahitíano tuvo que repetir su pregunta por tercera vez, ya mosqueado.

—¡*Aué*! ¿Es que no quiere contestarme? —Se irritó.

—¿Qué…?

—Le estoy preguntando qué le ha dicho el ruso.

—Ah… Nada que nos pueda ayudar. Parece que André Colbert murió antes de poder decir exactamente en qué lugar cayó la plataforma…

—Colbert dijo que en el mar.

—Desde luego. Pero, según entiendo, el Pacífico es «algo» grande, ¿no está de acuerdo, Jean Jacques?

—Sí, claro… ¿Así que el ruso no sabe nada?

—Prácticamente, nada. El que lo sabía era Colbert, y lo mataron muy a tiempo. Todo lo que he podido averiguar es que el hombre que se hace llamar Robert Cravens, el que llegó en el mismo avión que yo, se llama Micha Ignatief.

—Bueno… ¿Por qué preocuparnos? Si los rusos han perdido una de sus plataformas de experimentación científica es cosa de ellos. Ya se las arreglarán como puedan. ¿Regresa usted mañana a Estados Unidos?

—Me parece que no.

—Tahití es ideal para unas vacaciones —sonrió Jean Jacques—. Puedo enseñarle la isla… Y hasta le regalaré uno de mis *ukeleles*…. Un pequeño *souvenir* de Tahití, como muestra de admiración de un… Simón. Aunque la verdad sea dicha, su intervención esta vez

no ha sido tan espectacular como dicen.

—Bueno —sonrió Baby—. No son mis intervenciones lo que resulta espectacular, Jean Jacques, sino las misiones en que intervengo. Y puesto que esta misión no nos concierne, no hay por qué arriesgar nada, ¿verdad? De todos modos, muchas gracias por su obsequio… ¿Por qué no va a buscarlo?

—¿Ahora? —Se pasmó el Tahitíano.

—Sí. ¿Sabe si tiene teléfono la casa 24 de Rué de Beaumarchais?

—Tiene teléfono, sí…

—Bien. Vaya a su tienda, tráigame las fotos de todos esos rusos, consígame el teléfono de esa casa y tráigame el *Ukelele*, naturalmente. Ahora son… —Miró su relojito— las tres menos cuarto de la madrugada… Venga usted aquí a las siete, con todo lo que le he pedido. Se quedará aquí, cuidando al ruso, y yo regresaré a mi hotel.

—Pero tengo que abrir la tienda a las…

—Ponga un cartelito que diga «cerrado por el propietario», o algo así.

—Bien —parpadeó el Tahitíano—. De acuerdo. ¿Deberé permanecer junto al ruso?

—Hasta que yo le avise, Jean Jacques: no tiene por qué morir.

El anciano se rascó la coronilla.

—En verdad es usted extraña, Baby —murmuró—. ¿Qué va a hacer usted aquí sola, mientras tanto?

—Dormir —sonrió ella—. Tengo que aparecer fresca y descansada cuando mañana, es decir, esta mañana, abandone mi hotel después de bañarme y cambiarme de ropa…

* * *

Estaba completamente desnuda, secándose después de un reconfortante baño caliente con ducha final fría, cuando llamaron a la puerta de su *suite*. Se acercó a donde había dejado su relojito, miró la hora y alzó las cejas. Las nueve y diez solamente.

—¿Quién es?

—El botones, *mademoiselle*; hay un encargo para usted.

Los más bellos ojos del mundo se entornaron.

—Un momento, por favor —pidió.

Regresó al dormitorio, se puso una bata, y colocó la pistolita de cachas de madreperla en el hueco de la mano derecha, de modo que no se viese. Con una moneda en la derecha volvió a la puerta y la abrió, colocándose a un lado.

Estuvo a punto de lanzar una exclamación al ver un enorme ramo de flores, que ocultaba la parte superior del cuerpo del botones. ¡Y qué ramo de flores…! Nada de buganvillas, gardenias, franchicanes o la hermosa hibiscus tan abundante… No. Era nada menos que de *tiara Tahití*, la más famosa, bella… y cara flor de la isla.

—¿*Mademoiselle* Lafrance?

—Sí… Pase y déjelas encima de la mesita.

El botones entró, obedeciendo las indicaciones, mientras ella no le perdía de vista. Pero no había allí peligro alguno, así que entregó la moneda, el botones se marchó, y Baby se quedó contemplando, maravillada, el bellísimo ramo de colores tan hermosos…

De pronto, vio la tarjeta. La tomó y leyó el nombre, que no le sorprendió: Roland Courtier. Y debajo, escrito a mano, simplemente esto: *Je t'aime*.

Capítulo VI

Roland Courtier estaba verdaderamente estupefacto.

—¿Ha venido aquí? —exclamó al fin—. ¿Y qué ha dicho?

—Sólo que quiere verlo a usted. Llegó en un taxi, lo despidió, y quiso entrar en la villa como si fuese suya, o poco menos. Se ha enfadado mucho cuando la hemos obligado a esperar en la entrada, pero como las órdenes son que nadie…

—Sí, sí, sí… ¡Vaya! —Courtier sonrió de pronto—. Verdaderamente, mi pequeña Monique es muy decidida… Traedla aquí.

—No —dijo el gigantesco Koala—; que se vaya.

Roland Courtier le miró con el ceño fruncido.

—He dicho que la traigan aquí. No vayas tan lejos, Koala; no te… sobrepases. ¿Entiendes? Y vosotros, traedla aquí.

Los dos *popoas* vacilaron, pero, cuando Koala dio media vuelta y se alejó de la piscina hacia el interior de la casa, ellos se fueron también, hacia la entrada a la villa. Roland Courtier frunció el ceño y encendido un cigarrillo. Estaba en *slip*, tendido en una extensible junto a la piscina, a pleno sol. A su alrededor, posiblemente la más bella vegetación del mundo, meciéndose suavemente bajo la brisa que llegaba del mar. Hibiscos y buganvillas abundaban preferentemente, pero también había grupos de *tiara-Tahití*… Y cocoteros, algunos mangos, unos pocos papagayos…

Cuando aparecieron los dos vigilantes acompañando a Monique Lafrance, Courtier volvió a sonreír, apagó el cigarrillo, y se puso en pie.

Ella llegó poco después, mientras los dos *popoas*, a una seña de Courtier, se alejaban, aunque no muy convencidos, al parecer.

—Esta ha sido la sorpresa más agradable de mi vida —sonrió una vez más Courtier, acercándose—. No esperaba que…

Había tendido las manos hacia ella, pero Monique Lafrance

pareció no verlas y se quedó mirándole enfurruñada.

—Recibí tus flores —cortó— y me pareció que mi visita sería el mejor modo de agradecerte tu delicadeza, Roland.

—Y así es, en efecto. ¿Te han gustado?

—Muchísimo… Lo que no me ha gustado ha sido el recibimiento que me han hecho tus… tus… lo que sean. Bueno, supongo que son los hombres que vigilan tu telescopio.

Por un brevísimo instante, la sonrisa de Roland Courtier se esfumó o, más bien, quedó como congelada. Pero fue tan rápido el gesto que nadie podría haberse dado cuenta…, excepto Baby, naturalmente.

—¿Mi telescopio? —murmuró.

—Sé que tienes un telescopio, o algo así, y no quieres que nadie lo vea ni lo toque. Me he enterado esta mañana… Después de recibir las flores, busqué tu dirección en la guía telefónica y luego pregunté en la conserjería del hotel si podían indicarme cómo llegar hasta aquí. Me dijeron que lo mejor era alquilar un taxi, pero que no era posible que *monsieur* Courtier recibiese a nadie, que tenía vigilantes para que no le molestasen, que…

—Oh, sí, sí, entiendo… Bueno, ocurre que hay muchos curiosos que sólo sirven para molestar —sonrió de nuevo ampliamente—. Pero tu caso es distinto. Te ruego que perdones a mis empleados, pero todos tienen órdenes severísimas al respecto… Siéntate, por favor.

—¿No estás molesto conmigo, entonces? —murmuró.

—*Mon Dieu*, ¡no…! —rió ahora Courtier—. Eres tú quien está enfadada por el feo recibimiento que has tenido. La verdad es que pensaba llamarte algo más tarde para invitarte a almorzar en Papeete, pero ya que estás aquí…

—Entonces… ¿no me echas de tu villa? —sonrió ella.

—¡Claro que no!

Monique se acercó a él, sonrió aún más dulcemente y, de pronto, le besó en los labios, con gesto un tanto cohibido.

—Yo también te amo, Roland —musitó.

Courtier se quedó mirándola un instante. Luego, la abrazó, la estrechó fuertemente, y la besó. Sonrió de nuevo, fijos sus bellísimos ojos verdes en los de él.

—¿Estabas tomando el sol?

—Sí… Cada mañana nado media hora, y luego tomo el sol… No es bueno olvidar el ejercicio físico.

—A mí también me gusta tomar el sol. ¿Puedo?

—Naturalmente. Veré si en la casa hay algún…

—Oh, no te molestes —ella se quitó velozmente el vestido, quedando en bikini, de color rojo intenso—. *Voilá*!

Tras el desconcierto, Courtier se echó a reír, para, finalmente, quedar serio de pronto. Volvió a abrazarla.

Un carraspeo los sobresaltó a los dos. Se separaron rápidamente, y Monique lanzó un gritito de auténtico espanto al ver al enorme Koala en *slip*; era el más enorme montón de músculos que jamás había visto la espía en ser humano alguno. Junto a él, aquel personaje de grises cabellos largos, lentes de miope, cara pálida y encorvada espalda, no podía resultar más diminuto y decrépito.

—Perdón —sonrió este personaje—. Estábamos llegando ya y no hemos podido evitar… Mil perdones.

Roland Courtier reaccionó con cierta brusquedad.

—¿Quería usted algo, Van der Goot? —masculló.

—No, no… Bueno, sí… Pero podemos esperar, señor Courtier…

—¿De qué se trata?

—Es por lo de anoche en el… Bueno…

—Ella ya sabe que tenemos un telescopio.

—Ah… Bien. Pues… no conseguimos repararlo, señor Courtier, de modo que hemos pensado finalmente en requerir su ayuda. Nuestros dos colegas le están esperando, si es tan amable.

—¿Tengo que ir ahora?

—Salvo que aceptemos que siga averiado para esta noche, sí.

—Ya… En tal caso, no es exacto que puedan esperar.

—Lo he dicho por cortesía, comprenda… En realidad, es usted quien tiene que decidir si quiere que el telescopio esté reparado antes de la noche. Si no es así, dudo mucho que a las dos de la madrugada podamos ver lo que…

—Sí, entiendo, entiendo… Bien, iré a ver si encuentro esa avería, y dejaré el aparato en manos de ustedes. Vamos a…

—No creo que mi presencia allí sea de interés —sonrió encantadoramente al viejo miope—. Si usted me lo permite, aprovecharé para tomar un poco el sol. Me hace falta. Claro que si no le parece conveniente…

Parecía asustado, atemorizado. Roland Courtier miró de reojo a Monique, y sonrió con afabilidad forzada.

—Por supuesto que sí, Van der Goot —pareció autorizar—. Ella es la señorita Monique Lafrance. Monique, te presento a un estimado colega astrónomo, el profesor Edmund Van der Goot… Vuelvo en seguida.

El anciano tendió la diestra a Monique.

Nuestro querido Roland sigue demostrando buen gusto —dijo alegremente—. Le gustan las estrellas… y usted.

Monique se echó a reír, aceptando la mano del anciano.

—¡Muchas gracias! Oh, vamos, Roland, ve a reparar esa avería; cuanto antes vayas, antes volverás.

—Sí, ciertamente. Discúlpame…

Se alejó, seguido por Koala. Monique se sentó en una extensible, aprovechando para dirigir una mirada a su alrededor. Una mirada breve y simple, pero suficiente para ella: en sólo dos segundos vio no menos de siete hombres rondando por allí, al parecer ajenos a todo pero, evidentemente, vigilándola a ella y a Van der Goot… que continuaba en pie, sin saber qué hacer.

—¿No se sienta, profesor?

—Sí… Sí; gracias —el anciano dirigió una inquieta mirada alrededor, y se sentó al lado, en otra extensible—. Es hermoso poder tomar el sol, ¿verdad?

—Más que hermoso, es maravilloso —de nuevo rió Monique—. Aunque es mejor tomarlo sin demasiada ropa, ¿no cree?

—Pues sí… Pero, ciertamente, mi cuerpo no es como para lucirlo ante una dama como usted, tan… mmm… tan…

—¿Escultural?

—Yo diría que más que escultural. Una escultura es algo… frío. Quizá perfecto, pero frío, carente de vida. Usted no sólo me parece perfecta, sino llena de vida.

—¡Profesor Van der Goot! —exclamó alegremente Monique—. ¿Me está usted piropeando?

—¿Piro… qué?

—¡Es usted delicioso! —volvió a reír ella—. Dígame: ¿es usted un invitado de Roland?

—Mmm… Sí… Sí, por supuesto.

—Entiendo que hay más invitados…

—Sí… Hay más. Dos más.

—¿Y cómo se explica esto? Roland acaba de decirme que no quiere que nadie toque su telescopio. Y en Papeete me dijeron que…

—Bien… Lo que no desea *monsieur* Courtier es que toquen su telescopio personas curiosas, que no saben lo que hacen. Nuestro caso es diferente: somos colegas, estamos realizando un estudio estelar del hemisferio Sur, y… me parece bien que *monsieur* Courtier haya tomado sus medidas para que no seamos molestados.

—A mí también me parece bien —aprobó Monique, con un gesto casi de asombro—. Y usted me resulta muy simpático. ¿Sus otros colegas son como usted?

—Más o menos —sonrió modestamente Van der Goot.

—Apuesto a que llevan tanto tiempo trabajando con el telescopio que se han olvidado de todo. Pero yo voy a arreglar eso, profesor: ¡le pediré a Roland que los invite a ustedes tres esta noche a cenar en Papeete! ¡Cenaremos los cinco juntos! ¿De acuerdo?

—Pues… Temo que no —Van der Goot volvió a mirar sombríamente a su alrededor—. Francamente, esta noche quisiéramos tener reparado el telescopio y… Bueno, a las dos de la madrugada va a pasar un cometa que…

—¡Tonterías! ¿Realmente no le gustaría a usted venirse ahora mismo conmigo a Papeete, a distraerse un poco?

Edmund Van der Goot se pasó la lengua por los labios, y sus miopes ojos recorrieron en veloz gesto el semicírculo de hombres que tenían ante ellos.

—Creo que… que será mejor dejarlo para otro día. De todos modos, se lo agradezco, señorita Lafrance.

—¿Acaso teme que Roland se disguste? —sonrió levemente la espía—. Yo podría arreglar eso, profesor…

—¿Arreglarlo? ¿El qué?

—Bien… Digamos que podría… reunirlos en Papeete a los tres, para… invitarlos a cenar. A solas… Nos las podríamos arreglar para que ni Roland ni esos hombres que «parecen» vigilarlos pudiesen impedir su… escapada a Papeete. Claro está, para eso yo tengo que contar con la colaboración de ustedes tres.

—Temo… que no comprendo…

—Oh, vamos… ¡Sí me comprende! ¿Qué le pasa? ¿Quizá cree

que Roland podría disgustarse por su escapada? De todos modos, no les iba a matar por eso, supongo. Y si se propusiera semejante barbaridad, digamos que yo dispongo de medios… adecuados para garantizarles que nada les iba a ocurrir por venir conmigo.

—Mire, señorita Lafrance, no sé qué clase de broma está usted tramando… Nosotros, mis colegas y yo, estamos bien aquí, así que…

—¿Lo bastante bien para no querer marcharse sí alguien les garantizaba seguridad absoluta, profesor Van der Goot?

Durante unos segundos, Edmund Van der Goot estuvo mirando fijamente a Monique Lafrance. De pronto, sus ojos se desviaron hacia los hombres que los vigilaban y, velocísimamente, de nuevo hacia la bella rubita de ojos verdes.

—¿Qué clase de seguridad? —murmuró.

—Vamos a suponer que Roland fuese tan insensato de haber ordenado a sus… empleados que disparen contra ustedes si quieren salir de la villa. Ya sé que es una exageración, pero…

—Sí… Una exageración…

—Pero —sonrió secamente Monique—, aunque sea una exageración, yo tendría en cuenta esa… contingencia.

—Es decir —sonrió ahora Van der Goot, crispadamente—, que aunque *monsieur* Courtier hubiese ordenado semejante… barbaridad, usted haría las cosas de modo que nada podría ocurrimos… ¿Algo así?

—*Aué!*

—Bien… Bueno, en tal caso, es posible que a mis colegas y a mí nos gustase hacer una… escapada hasta Papeete. Pero me gustaría saber cómo se las arreglaría usted para…

—¿Le gustan las fiestas, profesor?

—¿Las fiestas? No mucho, la verdad.

—A mí me encantan. Supongamos que hubiera aquí esta noche una gran fiesta típicamente Tahitíana… Ya sabe: mucha música, mucha comida, baile, amor, alegría… Cuanta más alegría, más amor, más música y más bebida, en realidad la gente sé vuelve más y más torpe. En esas circunstancias, los que hayan sabido conservarse serenos y tranquilos, pueden…

—¿Quiere decir que esta noche habrá aquí una fiesta?

—Podría haberla si usted y sus dos colegas, después de hacer

unos cuantos cálculos astronómicos dentro de un par de horas, llegasen a la conclusión de que esta madrugada a las dos, no va a pasar ningún cometa por el cielo. Al no tener que vigilar el paso de ese cometa, ya no habría por qué trabajar, y quizá yo convenza a Roland para que me obsequie con una fiesta Tahitíana… *Aué!*

Durante unos segundos, Van der Goot permaneció silencioso, expectante, siempre fijos en Monique sus pequeños ojos de miope.

—Bien —susurró por fin—. Me estoy preguntando si todo ese plan para… ir a tomar unas copas a Papeete en un lugar alegre, lo va a realizar usted sola, o…

—Yo sólita. ¡Oh, vamos, profesor…! No hay que complicar a nadie para una cosa tan sencilla. Con más gente ayudándome, todo esto parecería algo mucho más importante que una escapadita a Papeete, ¿comprende? Eso, aparte de que no tengo en Tahití a nadie en quien confiar para un asunto tan… delicado. Oh… Ahí vuelve Roland.

Roland Courtier llegó, acompañado del inseparable Koala. Se dejó caer en una extensible, miró a Van der Goot y señaló hacia el otro lado de la casa.

—Localicé la avería, Van der Goot. Sería conveniente que fuese usted a ayudar a nuestros colegas.

—Ah, sí… Magnífico. Bien…

—Le estaba diciendo al profesor —sonrió Monique— que sería delicioso poder dar una fiesta aquí esta noche, Roland.

—¿Una fiesta aquí? —exclamó Courtier—. ¡Imposible!

—¡Oh! Bue-bueno, me… me pareció que… que…

—Si quieres ver fiestas Tahitíanas, puedo llevarte a cualquier sitio esta noche. Siempre hay fiestas en Tahití —miró vivamente a Van der Goot—. ¿Acaso la idea ha sido suya, Edmund?

—¿Mía? —Casi respingó el anciano—. ¡Claro que no! Precisamente, tengo mucho trabajo… Aparte de reparar la avería del telescopio, debo repasar unos cálculos que iniciamos anoche los tres, respecto al paso del cometa…

—¿Repasar los cálculos? Pero…

—Cuestión de rutina… Seguramente, estos últimos cálculos sólo servirán para confirmar lo previsto —Van der Goot se puso en pie, dando frente a Monique, y tendiéndole la mano; sus ojillos brillaron especialmente cuando se despidió—. Ha sido un placer conocerla,

señorita Lafrance… Es usted una joven simpática y… reconfortante. A sus pies.

—Que se divierta con sus cálculos —rió Monique; y cuando Van der Goot, sonriendo, estuvo fuera de su vista, miró como asaltado por una nueva idea a Roland Courtier—. Oh, querido: ¿no podría yo ver ese telescopio…?

—En otro momento —sonrió Courtier—. Será mejor que esperemos a que esté reparado, ¿no te parece? Además, de día las estrellas no se ven tan bien como de noche…

—Querrás decir que no se ven —rió ella.

—¡Ya lo creo que se ven! Aunque con menos intensidad, claro. Me parece —rió Courtier— que no entiendes mucho de astronomía.

—Ni mucho ni poco. No entiendo nada. Pero las estrellas son bonitas, ¿no crees? De lo que sí entiendo es de modas femeninas. ¿Te he dicho que he venido aquí por negocios?

—No.

—Precisamente esta tarde tengo una cita… Oh, pero aún falta mucho tiempo… ¡Oh!

—¿Qué te ocurre?

—¿Cómo voy a volver a Papeete? Despedí el taxi, así que…

—Yo te llevaré. Podemos hacer lo que había pensado: almorzar en Papeete, dar luego un paseo en lancha o en coche hacia el interior de la isla… Aunque no creas que es fácil penetrar en esa jungla en coche. Me gustaría enseñarte algunas lagunas, con sus cascadas que parecen de cristal…

—¿Volveríamos antes de las cinco?

—Si tú quieres, sí. ¿Tu cita es a las cinco?

—Sí.

—¿Dónde?

—En el «Quinn’s» —rió Monique.

—Oh, vaya —de pronto, también Courtier se echó a reír—. No importa, estaré contigo hasta que llegue esa persona, si te parece bien. Luego, si molesto me iré. Siempre tengo cosas que hacer en Papeete.

—¿No te molestará volver al «Quinn’s» después de lo de anoche?

—No demasiado, al fin y al cabo, estaré contigo, esto es, como… triunfador de la contienda —sonrió él—. ¿O no?

—*Aué*. ¿Nos vamos ya?

—Puedes nadar un poco, si quieres. Voy a vestirme, y a dar un último vistazo al trabajo de mis colegas. ¿Te parece bien mi plan del día?

—Sí, sí… Almuerzo en algún exótico lugar de Papeete, paseo hacia el selvático interior de la isla, visita a bellas lagunas con cascadas que parecen de cristal… Y a las cinco, en «Quinn's»…

Capítulo VII

—Las cinco y veinte —musitó Monique, mirando de nuevo su relojito—. No comprendo por qué se retrasa tanto. Me pareció una persona formal, puntual…

—¿Es Tahitíano ese hombre con el que has de negociar? —preguntó Courtier.

—Pues sí, pero…

—Si es Tahitíano, tómate las cosas con calma —sonrió él—. Ellos jamás se apresuran. Además, no estamos tan mal aquí, tomando este delicioso refresco de piña… ¿O acaso ya empiezas a cansarte de mi compañía?

Monique deslizó una de sus manitas para tomar una de Courtier, sonriendo angelicalmente. Estaban ya en «Quinn's», después de haber almorzado en Papeete, para visitar más tarde una de las hermosas, sorprendentes lagunas con cascada del interior de la isla, donde se había bañado…

—No digas tonterías —musitó ella, brillantes los ojos—. Tu compañía no me cansará nunca, amor… La tuya, no.

—No sé si te entiendo —parpadeó él.

—Me refiero a Koala… ¿Es necesario que siempre venga con nosotros a todas partes?

—Oh —Courtier miró hacia el gigantesco Tahitíano, que bebía también jugo de frutas, sentado solo en otra mesa—. Bueno, Koala es discreto, querida.

—Eso debo admitirlo. Pero creo que lo habríamos pasado mejor sin su compañía en la laguna —en los verdes ojos de Monique brillaba una sugerente promesa que estremeció a Courtier—. ¿No lo crees así?

—Bien… Sí, por supuesto, Monique. La próxima vez… ¿Qué ocurre?

La pregunta iba dirigida a uno de los camareros del «Quinn's»,

que se había detenido ante la mesa de ellos, mirándoles con una cierta sonrisa entre divertida y admirativa. El incidente de la noche anterior no había sido olvidado, y ahora, algunas personas de las que ocupaban las mesas y la barra del bar debían preguntarse qué más había pasado luego entre aquel hermoso hombre y aquella bella mujer para que estuviesen juntos… a pesar de la tremenda bofetada.

—Le llaman al teléfono, señor Courtier —dijo el camarero.

—Ah… ¿Seguro que es a mí? ¿No le habrán dicho…?

—Seguro que es a usted, señor Courtier.

—Bien… Gracias —miró a Monique—. ¿Me disculpas un minuto?

—Claro —sonrió ella.

Le vio alejarse hacia el fondo del local, donde había una cabina. Roland Courtier permaneció allí durante un par de minutos… Cuando regresó, parecía desconcertado.

—No sé si alegrarme o enfurecerme —dijo—. Ahora resulta que mis colegas, al hacer los últimos cálculos de comprobación han llegado a la conclusión de que el cometa que estábamos esperando no pasará esta noche.

—Oh. Lo siento, Roland. Me imagino lo importante que es para ti todo eso…

—Bueno, ya te digo que quizá deba alegrarme… Esta mañana me pediste que diera una fiesta Tahitíana en mi villa, y quizá ha llegado la ocasión…

—¡Roland! —Dio ella un gritito de júbilo—. ¿De verdad darías una fiesta por mí?

—¿Por quién mejor? —sonrió él—. Vaya, me va gustando la idea. En lugar de ir por ahí, dependiendo de lo que otras personas organicen, sería espléndido tener nuestra propia fiesta… Aunque organizaría va a resultar un poco apresurado…

—¡Yo podría ayudarte…!

—No… No, no. Haremos una cosa mejor. Yo me ocuparé de todos los detalles, y tú seguirás esperando al Tahitíano, a ver si resuelves tus negocios hoy mismo. ¿Te parece bien?

—¡Claro que sí!

Courtier quedó un instante pensativo. Luego, llamó por señas al jefe de camareros del «Quinn's», que acudió en el acto, solícito.

—¿Qué tal, señor Courtier? —sonrió—. ¿Puedo felicitarle por su buen gusto y su éxito? —Amplió su sonrisa mirando a Monique.

—Gracias, Jean —rió Courtier—. Estoy en un pequeño apuro: necesito una fiesta en toda regla para esta misma noche. ¿Puede ayudarme a conseguir bailarines y músicos?

—¡Por supuesto que sí! Tantos como quiera, señor Courtier…

—Voy a dejar eso en sus manos. Naturalmente, tiene que ser una fiesta digna de mi invitada —señaló a Monique, que sonrió tan deliciosamente que Jean casi se mareó—. No quiero que falte ningún detalle, ¿comprende? Yo voy a marcharme ahora mismo para atender los detalles de la cena, y usted se ocupa del resto. *Ca va?*

—*Ca va!* ¿Quiere algo verdaderamente espectacular, *monsieur*?

—Lo más espectacularmente Tahitíano que pueda conseguir.

—En tal caso, si me permite la sugerencia, los músicos y bailarines podrían llegar a su villa en una procesión de antorchas, *monsieur*.

—¡Magnífico! —exclamó Courtier—. Pero hay demasiada distancia hasta mi villa para ir a pie…

—Ellos saben arreglar esas cosas —rió Jean—. Tienen camiones, así que no hay problema. Con ellos llegarán hasta cerca de su villa, y entonces iniciarán la procesión de antorchas… Deje esos detalles en mis manos, *monsieur*. ¿A qué hora los envío?

—Mmm… Hacia las diez. Sí, esa es buena hora —Courtier sacó un fajo de billetes y tendió varios a Jean—. Tome esto de momento y mañana liquidaremos. No me falle, Jean.

—Descuide, *monsieur*; quedará satisfechísimo de la fiesta. Con permiso…

Se alejó y Courtier, tras mirar su reloj, se puso en pie velozmente.

—No puedo perder tiempo… ¿Te envío el coche a las nueve?

—No será necesario, querido. Iré en taxi —sonrió—. Espero que esta vez tus guardianes me dejen pasar en seguida.

—Serás recibida como una reina —Courtier se inclinó y la besó ligeramente en los labios, musitando luego—. Lo cual es hacerte justicia, *ma chérie*.

—Te amo —musitó ella.

Courtier sonrió, quizá un tanto crispadamente, y se alejó. Tras

él, inmediatamente, partió Koala. Durante un par de minutos, Monique Lafrance estuvo fumando, pensativa Luego fue a la cabina del teléfono, marcó un número…

—¿Diga? —inquirió una voz de hombre.

Monique colgó, sacó del bolsito la pequeña radio camuflada en el paquete de cigarrillos y alzó uno de éstos.

—¿Sí? —Oyó ahora la voz de Jean Jacques…

—Hay por los menos un ruso en el 24 de Rue de Beaumarchais, Jean Jacques. Llame ahora mismo: ya sabe lo que tiene que decirle.

—*Aué!*

Guardó la radio, salió de la cabina y abandonó el bar. Era de esperar que Jean Jacques fuese exacto en su llamada a los rusos.

* * *

El teléfono volvió a sonar, y el agente de la M. V. D. Pavel Melnikov, que todavía estaba junto al aparato un tanto mosqueado, volvió a descolgar el auricular.

—Diga —gruñó.

Cerca de él, en la misma sala, había dos hombres. Uno de ellos, el espía de primerísima categoría Robert Cravens; es decir, Micha Ignatief. El cual se irguió en su asiento al ver la tensa atención que su camarada prestaba al comunicante telefónico. Fue una conversación brevísima. Por el gesto de Melnikov, Micha comprendió que el comunicante había colgado ya.

—¿Qué ocurre, Pavel?

—Era un hombre… Ha sido muy breve.

—¿Qué ha dicho?

—Que si el camarada Micha Ignatief quiere resolver el asunto de la plataforma con seis cabezas nucleares perdida en el mar, debe ir, a las seis y media, a la playa Okikua, completamente solo.

Micha Ignatief se puso en pie inmediatamente; del respaldo de la silla tomó la funda axilar con la pistola, que se colocó con rápido y experto gesto. Luego, se puso la chaqueta y se dirigió hacia la puerta…

—¿A dónde vas? —exclamó Melnikov.

—A la playa Okikua. Quedaros aquí.

—¿Estás loco? —exclamó el camarada Vassin—. ¡Ya nos han

matado a Hipolit…! ¡Vamos…! ¡No es posible que tú acudas tan estúpidamente como él a una trampa, Micha!

—Quizá no sea una trampa.

—También pensamos eso cuando cometimos la imprudencia de permitir que Hipolit fuese solo a aquel poblado de pescadores… Y ha desaparecido. Seguramente, está en el fondo del mar… Y quizá eso mismo quieren hacer contigo.

—Bueno —sonrió secamente Ignatief—. Realmente, me gustaría que lo intentasen.

Y salió de la sala.

* * *

Roland Courtier salió del *bungalow* sito frente a la playa y se quedó inmóvil en el porche contemplado atentamente por su inseparable Koala.

—¿Y ahora? —preguntó el gigante Tahitíano.

—No sé… Están muertos los dos… Llevan mucho tiempo así, Koala Por lo menos, doce horas, calculo. O sea, que tuvieron que matarlos esta madrugada.

—Pudo ser ella.

—Sí… Lo sé. Bien, no podemos, por tanto, encargar a Pierre y André que hagan también este trabajo…

—Puedo hacerlo yo —sonrió fieramente el Tahitíano.

—No… No, no, de ninguna manera. No deben verte cerca de ella. Me pregunto quién es esa mujer… Juraría que no es rusa, así que no entiendo qué papel juega en todo esto… Es muy lista, eso sí hay que admitirlo. Me pregunto cómo pudo llegar hasta mí, de dónde partió, de qué pista… Porque, naturalmente, ahora sabemos seguro que anoche, en el «Quinn’s», ella lo tenía todo planeado; si yo no me hubiese acercado a ella, ella se habría acercado a mí… Es lista…

—Peor. Hay que matarla.

—Pero no tú, ni yo… No, nosotros debemos ocupamos de la fiesta, prepararlo todo como si estuviésemos convencidos de que ella llegará a las nueve. Es nuestra coartada, ¿comprendes? Habrá que cansar a los dos hombres que la están siguiendo con las bicicletas, pero no va a ser fácil localizarlos ahora…

—Podemos encontrarlos en Papeete, dando vueltas con el coche. No hay otra solución.

—Así es. Bien, vamos allá. Y cuando volvamos a la villa enviaremos a dos hombres para que se lleven los cadáveres de René y Pierre y los tiren al mar… Aunque lo más urgente ahora, es conseguir que los que están vigilando a Monique Lafrance la eliminen cuanto antes.

—La encontraremos —aseguró Koala—. Esté donde esté, la encontraremos, igual que finalmente encontramos a André cuando por fin el ruso fue a verle…

* * *

El espía ruso Micha Ignatief tiró el cigarrillo a la arena y consultó de nuevo su reloj: las seis y veintinueve minutos de la hermosa tarde Tahitíana. La playa de Okikua era de una belleza extraordinaria, orlada de palmeras; formaba como una U muy cerrada, y delante, en las bocas arenosas que casi la cerraban, había más y más palmeras, de un verdor espléndido, increíble, que parecían estar flotando sobre las azules aguas del mar. Sobre las pardas arenas, grupos de alegres Tahitíanos y turistas cabalgaban en oscuros caballos un tanto pequeños, sin silla de montar. Todo el mundo llevaba flores en la cabeza, y la alegría de vivir, las risas, las amplias sonrisas y los cordiales saludos eran la nota predominante.

El único que no encajaba allí, colocado fuera de la zona por donde los caballos corrían arriba y abajo, era precisamente el propio Micha Ignatief, con traje, corbata, zapatos que se habían llenado de arena… Apoyado en una palmera, parecía un espectador de excepción, asombrado de que alguien pudiera divertirse…

Volvió a mirar su reloj: las seis y media en punto.

Cuando alzó la mirada, vio, con ligero sobresalto, al jinete que se acercaba a todo galope, arrebolado el bellísimo rostro, al aire la larga cabellera rubia, sobrecogedoramente hermosa con su *pareo* de colores, al descubierto las más doradas y perfectas piernas que el agente soviético había visto jamás… El jinete pasó por delante de él mirándole… Pasó como una exhalación, segura en el lomo del animal, como si hubiera pasado la vida cabalgando a pelo… La vio dar un tirón de las bridas, volver la cabeza sorprendida y regresar

hasta detener el caballo ante él.

—¡Señor Cravens! —exclamó, como estupefacta—. ¡Qué agradable sorpresa…! ¿Ha venido a montar a caballo?

—No exactamente, señorita Lafrance —murmuró Micha Ignatief —. Más bien he venido a mirar.

—Oh —ella desmontó con agilidad de gatita, que dejó poco menos que atónito al ruso—. ¿Y no le gusta más participar que contemplar? ¡Esto es maravilloso, delicioso…!

—No lo dudo —intentó sonreír Ignatief, dirigiendo una veloz mirada a su reloj—. No lo dudo, señorita Lafrance.

—La verdad es que no esperaba volver a verle —ella tendió su manita, y el ruso no tuvo más remedio que aceptarla—. Usted es un hombre… poco cordial, si me permite decirlo.

Ignatief miró a ambos lados de la playa, impaciente.

—Lamento haberle producido esta impresión —murmuró—. Lo que ocurre es que todavía tengo asuntos importantes que resolver en Tahití, y el tiempo tiene mucha importancia en ellos.

—Pero podríamos vernos alguna vez, ¿no? —sugirió ella; y pareció sonrojarse un poco—. Bueno, no crea que soy una… descarada, se lo ruego. Lo que ocurre es que… Bueno, a pesar de su… seriedad, usted, en el fondo, me resulta simpático… ¿En qué hotel está?

—En el «París».

—Ah. Yo estoy en el «Grand Hotel»… Desde que llegué no he visto al señor Hawkins, ni a usted… A nadie de nuestro vuelo. ¿Tiene algo especial que hacer mañana?

—Temo que estaré todavía ocupado algunos días.

—Entiendo —la señorita Lafrance se mordió los labios—. Me parece que le estoy molestando…

—No, no, por favor…

—Yo creo que sí. Bien, quizá nos veamos en momentos menos inoportunos para usted. Si se decide a galopar un poco, vaya al extremo de la playa —señaló—. Allí alquilan los caballos, y estos vestidos tan bonitos… Y hasta le regalan flores al alquilar un caballo…

—Lo tendré en cuenta para otra ocasión.

—Sí… Bueno; adiós, señor Cravens.

—Adiós, señorita Lafrance.

Ella le tendió de nuevo la manita, y luego saltó sobre el caballo con facilidad tan extraordinaria que de nuevo quedó Micha Ignatief estupefacto. Monique Lafrance se alejó, cabalgando con una gracia inaudita… Y durante casi media hora, Micha Ignatief la estuvo viendo galopar playa arriba y playa abajo, uniéndose a un grupo de Tahitíanos risueños, riendo con ellos, haciendo carreras de velocidad… La imagen era tan sobrecogedoramente bella, que Micha Ignatief casi llegó a olvidarse del motivo que le había llevado a la playa Okikua.

Hasta que, por fin, sobresaltado, miró una vez más su reloj: las siete.

Fruncido el ceño, irritado, dio media vuelta y se alejó por entre las palmeras hacia el interior… Y apenas había caminado veinte metros cuando quedó clavado en el suelo, primero asombrado, luego furioso. Y con claro gesto de furia se acercó a sus camaradas Vassin y Melnikov, que parecían hallarse allí por casualidad.

—¿Desde cuándo estáis aquí? —les espetó.

—Llegamos detrás tuyo, Micha, para guardarte las espaldas.

—Pero… ¡No es posible que seáis tan estúpidos! Maldita sea, lo habéis estropeado todo…

—¿Nosotros? —se sorprendió Melnikov.

—¡Naturalmente! El hombre que me citó por teléfono os ha debido de ver, ha temido una encerrona, y no se ha presentado. ¡Yo habría hecho lo mismo!

—Pe-pero…, Micha, nosotros hemos creído que… que todo había ido bien, y que has estado esperando para disimular…

—¿De qué estás hablando? —Le miró atónito Ignatief.

—Bueno… Hemos creído que se había realizado el contacto, pero que tú esperabas en la playa por algún motivo, quizá para despistar…

—¿El contacto? ¿Qué maldito contacto se ha realizado?

—Pues… Vaya, fue un hombre el que llamó, pero bien pudo ser una mujer la que acudiera a la cita, ¿no?

—¿Una mujer…? —El rostro de Micha Ignatief se congestionó de ira—. ¿Habéis creído que esa muchacha rubia era el contacto?

—Pues… Vaya, estuvisteis hablando, os disteis la mano…

Pareció que, fatalmente, el rostro de Ignatief fuese a estallar. Pero, de pronto, se calmó, se relajó… Se resignó. Dirigió una torva

mirada a sus camaradas, soltó un bufido, metió las manos en los bolsillos, y se alejó, atizando puntapiés a cuantas piedras fue encontrado a su paso.

¿Cómo iba a poder trabajar con éxito si lo respaldaban compañeros que confundían a la bella, pero pesada señorita Lafrance, con el contacto que lo había citado en la playa de Okikua?

* * *

La señorita Monique Lafrance, ya vestida con sus ropas habituales, se despidió de los alegres Tahitíanos que habían compartido con ella las cabalgadas por la playa y se alejó de ésta, con su graciosísimo caminar despampanante, llevando en la cabeza una corona de flores…

Pero en cuanto los Tahitíanos y demás jinetes quedaron ocultos por las palmeras, ella se apartó del camino, metiéndose entre las abundantísimas palmeras, hasta encontrar el lugar que le convenía. Se sentó en el suelo, abrió el bolsito, y sacó el paquete de cigarrillos. Tiró del que abría la comunicación.

—¿Jean Jacques? —musitó.

—Diga.

—Micha Ignatief es menos inteligente de lo que yo pensaba: se hizo respaldar por dos de sus compañeros. Afortunadamente, gracias a las fotos que usted me facilitó, los reconocí.

—Entonces… ¿no han llegado a un acuerdo?

—No. En cierto modo, comprendo a Ignatief: no olvide que ya deben estar convencidos de que les han matado a Hipolit Galitzin… Es natural que desconfíen de todo, ahora. Así que tendré que seguir sola en este asunto.

—¿Pero qué demonios…? ¡Que se las arreglen ellos! Usted ha querido ayudarles, les ha dado una oportunidad de unir sus fuerzas, de modo que habrían conseguido más así que…

—¿Cómo está Galitzin?

—Bien, en lo que cabe. No entiendo lo que dice, pero creo que está pidiendo comida a gritos.

—¿Se ha dejado usted ver por él?

—No. Usted me dijo que…

—Siga así. Que no le vea. Yo iré en cuanto pueda a darle algo de

comer. Tenga cuidado.

Bajó el cigarrillo, guardó el paquete en el bolsito, se puso en pie… y respingó al ver a los dos hombres ante ella, mirándola fijamente, con una sonrisa muy, muy especial… Dos hombres blancos; dos *popoas*… uno de los cuales estaba segura de haberlo visto aquella mañana en la villa de Roland Courtier.

—¿Es lista la muñeca o no es lista? —musitó uno de ellos.

—Es muy lista —aprobó el otro.

—¿Qué… qué quieren ustedes…? —tartamudeó la «muñeca».

—Una cosa muy buena, encanto.

—No… no llevo mucho dinero encima, pe-pero…

Alzó el bolsito, dispuesto a abrirlo, naturalmente para tomar la pistolita… pero los dos hombres se adelantaron a la vez y ambos colocaron sus navajas en la garganta de Monique, casi clavándose.

—Quieta… Quieta, gatita… No nos obligues a precipitarnos. Bien cierto es que vas a morir, pero… después. ¿Comprendes? Ya estamos hartos de *vahinés*, de Tahitíanas malolientes, de mujeres fáciles de piel morena… ¿Tú comprendes, eh?

—Dios… mío…

—Tranquila… Sé inteligente, muñeca, y todo será mucho más dulce para ti. No nos obligues a ser brutales —el que hablaba deslizó su otra mano sobre la finísima piel de Monique—. ¡Qué piel tan delicada…! Y tiene un color de oro, parecido al de algunas de esas Tahitíanas mestizas… Vamos a ver más piel, muñeca…

Dio un tirón, brusco, rabioso, arrancando la tela que cubría la parte superior del cuerpo de Monique. Y la impresión fue tal que durante un par de segundos, los dos hombres quedaron petrificados, atónitos, incrédulos…

—*Sacré bleu* —jadeó el otro—. *C'est magnifique.* Déjame a mí primero…

Apretó el resorte de la navaja y la hoja desapareció. Tendió entonces ambas manos hacia Monique, mientras el otro, sonriendo como podría sonreír un cerdo, retrocedía un paso… Las manazas del *popoa* cayeron sobre los hombros de Monique, se crisparon allí, dieron un tirón para apretarla contra el pecho masculino…

… Y al mismo tiempo que la abrazaba, recibía en el bajo vientre un rodillazo fortísimo, que le arrancó un grito de angustia, y le hizo olvidar todos sus amatorios propósitos con respecto a la «muñeca».

Mientras, encogido, gimiendo, caía redondo al suelo, la… «muñeca» saltaba ya hacia el otro, cuya sonrisa se había convertido, en una fracción de segundo, en un gesto de espantada alarma. Viendo a la muchacha abalanzarse hacia él, hizo justamente lo que ella esperaba; extendió el brazo hacia adelante, intentando recibir a la impetuosa Monique con la punta de la navaja… La cual, solamente pinchó el aire, y, al mismo tiempo, debido al impulso del golpe, el hombre perdió pie hacia adelante… Monique Lafrance sólo tuvo que sujetar con ambas manos la muñeca armada del asesino, y le retorció el brazo de tal modo que cuando el hombre cayó de bruces, ella estaba sobre su espalda, apretando contra ésta el brazo armado, con la punta de la navaja hacia los riñones del hombre.

Con un golpe de su vientre en el mango de la navaja, Monique la hundió en los riñones de su presunto asesino, el cual lanzó un alarido, se crispó, soltó la navaja… La mano derecha de la espía recogió el arma y… el hombre lanzó dos alaridos más, al notar cada vez el frío del acero en sus riñones, sin piedad alguna. Pronto dejó de moverse, de sentir dolor. Pronto dejó de sentir nada.

Monique se puso en pie, volviéndose hacia el otro, que estaba de nuevo en pie, demudado el rostro, pero sacando la navaja del bolsillo.

La de su compañero cortó el aire, silbando, lanzada con terrible fuerza por la muñeca… Y la hoja de acero ya ensangrentada se hundió en la garganta del segunde presunto asesino, que soltó en el acto su navaja, desorbitó los ojos, abrió la boca, subió ambas manos hacia la garganta… y cayó hacia atrás.

Eran las siete y cincuenta y cinco minutos de la tarde.

Capítulo VIII

Las nueve y veinte —sonrió Roland Courtier, tras consultar su reloj—. Ella no va a venir ya, Koala. Y te diré la verdad: es una lástima. ¡Era tan hermosa…!

—Ellos todavía no han llamado. No sabemos si la han matado.

—Si no ha venido ya, es que no vendrá. La habrán estado siguiendo hasta encontrar el momento oportuno… Quizá, mientras se dirigía hacia aquí. Lo cual —amplió con una sonrisa— sería muy conveniente para nosotros. Todos pensarían que la habían asaltado para robarla o violentarla, mientras yo, amoroso, esperaba su llegada, organizando la fiesta… ¿Quién va a pensar que yo, enamorado de ella, preparándole una fiesta, esperándola con impaciencia, pueda haber tenido algo que ver con su muerte?

—Nadie —sonrió Koala.

—Bien —Courtier sonrió una vez más, satisfechísimo de sí mismo, mirando el escenario… Todo perfecto: mesas a ras de suelo con flores, fogatas preparadas para ser encendidas, un hermoso jardín con piscina donde los Tahitíanos podrán nadar alegremente… Sólo faltan los bailarines.

—Deberíamos comer algo ya. Yo tengo hambre.

—¿Estás loco? ¡Eso sería una descortesía hacia nuestra invitada!

Koala miró con el ceño fruncido las viandas preparadas en la larga mesa cubierta de flores: cerdo asado, langosta con Chablis, quesos diversos, *Paté* Strasbourg, pescado selecto, Chateaubriand y alcachofas con salsa Pommard, plátanos, naranjas, piñas… Un sueño para el más fino paladar.

—Pues yo tengo hambre —masculló Koala.

—Esperaremos. No olvides que los demás criados están aquí, y se sorprenderían si viesen que yo no esperaba a Monique: la fiesta es para ella, al fin y al cabo… Vamos a charlar un rato con ellos, mientras esperamos… hasta empezar a inquietarnos por la tardanza

de la bella, dulce… y llorada Monique Lafrance.

Rodearon la casa, hacia la parte de atrás. Allí había un cobertizo de madera, con medio techo de cinc cubierto de palmas. Sólo medio techo. Donde debía estar la otra vertiente, solamente se veía en la oscuridad el largo cilindro metálico, reluciente, apuntando al cielo…

Dos hombres aparecieron inmediatamente ante Koala y Courtier, pero los reconocieron en el acto, y les dejaron entrar en el cobertizo que era grande, espacioso… Estaba a oscuras, pero, la claridad de la luna, penetrando por el hueco del techo, permitía perfectamente ver a los tres hombres, que, con dos linternas, iluminaban una parte de lo que parecía un enorme telescopio apuntando al cielo. Al oír sus pisadas, uno de los hombres desvió su linterna hacia ellos, bañando en luz su rostro.

—Ah, Courtier… ¿Cómo va eso?

—Parece que bien; ya pasa casi media hora de las nueve y ella no se ha presentado.

—Magnífico. Podremos trabajar tranquilos.

—¿Todavía no han reparado esa avería?

—No… Ni tenemos idea de lo que ha ocurrido. Todo fue bien hasta que interceptamos esa plataforma cargada de bombas soviéticas, pero en cuanto la hundimos en el mar perdimos contacto y aún no sabemos cómo podremos arreglar esto: sin el Interceptor será imposible sacar esa plataforma a flote. Koala, ¿están todos los hombres en sus puestos?

—Sí, señor Hollenberg —asintió el Tahitíano.

—Es una estupidez eso de los bailarines esta noche —refunfuñó otro—. No sé como lo has autorizado, Edmund.

—No creo que deban inquietarse —intervino Courtier—. Todo está bien vigilado, y los bailarines sólo vendrán aquí a divertirse como locos y a comer y beber. Además, cuando yo esté definitivamente «alarmado» por la tardanza de Monique Lafrance, la fiesta terminará.

—Era una mujer muy lista —sonrió Edmund Van der Goot—. Muy lista y muy cauta, de veras. Me estuvo sonsacando para comprender cuál era mi posición aquí, antes de ofrecerme ayudarnos a escapar… Naturalmente, la convencí de que estábamos prisioneros de usted, Courtier.

Roland Courtier miró un tanto hoscamente a aquellos tres hombres, aquellos tres genios de la electrónica: Stan Hollenberg, Warren Omolka, Edmund Van der Goot. Tres hombres que caminaban ya hacia el fin de sus vidas, decrépitos de cuerpo, pero fértiles de mente. Habían construido aquel aparato que, para cualquiera, era un telescopio pero que, en realidad, era lo que ellos llamaban el Interceptor. Un aparato capaz de anular los controles de las bases de Rusia y Estados Unidos sobre sus satélites espaciales que orbitaban la Tierra a menos de quinientas millas. Y no era una fantasía; él lo sabía con toda certeza. Días atrás, con aquel aparato, habían interceptado una plataforma puesta en órbita con un contenido que le asustó a él, no a los tres genios. El contenido de la plataforma eran bombas atómicas, que, a una orden eléctrica desde la base rusa, podían ser lanzadas al espacio, sobre cualquier punto del planeta Tierra… Hasta entonces, Roland Courtier había estado convencido de que la existencia de plataformas atómicas rusas y americanas orbitando la Tierra, eran puras fantasías, pero no… No. Él conocía el lugar exacto del mar donde había caído la enorme plataforma soviética, con su terrible carga…, que quizá estallase de un momento a otro. Si tal cosa sucedía, aquella parte del Pacífico se convertiría en un volcán de fuego y agua. Y, por supuesto, de Tahití e islas cercanas, no quedaría ni rastro…

—Creo que estamos todos locos —musitó Courtier, tras unos segundos de silencio.

—¿Por qué dice eso? —inquirió vivamente Van der Goot.

—Todo eso de la plataforma y las bombas que hay en ella… Es una locura. Ahora, con este trasto estropeado, no podemos sacarlas del fondo del mar y quizá exploten…

—No explotarán.

—Todo esto está lleno de rusos… Tarde o temprano, conseguirán localizarnos a nosotros, o la plataforma…

—Si nosotros no recibimos señales de esa plataforma, ellos tampoco podrán recibirlas. Por supuesto, deben haber enviado submarinos hacia esta parte del Pacífico, y estarán rastreándolo con sonar, con radar, con todos los medios de que dispongan… Pero no conseguirán nada… ¿Está asustado, Courtier?

—La verdad, sí.

—Nos pareció un hombre de más temple —gruñó Omolka—. Por

eso le contratamos, le compramos esta villa a su nombre, pasa por un millonario francés, vive como tal… Todo eso, a cambio de aprender un poco de astronomía y escribir un libro asesorado por nosotros, dando la cara como propietario de un telescopio… Ese fue el trato.

—Lo sé. Y no he faltado a él, me parece.

—No. Hasta ahora, no. Pero quizá habría perdido ya los nervios si no hubiésemos tenido la precaución de poner junto a usted a Koala.

—Me siento como prisionero —musitó Courtier.

—Oh, vamos… No sea tan impresionable. Para todo el mundo, usted es un alegre millonario que tiene un *hobby* interesante: la astronomía. Y también para todo el mundo, Koala es sólo su criado personalísimo, quizá un guardaespaldas, pero nada más. En cuanto a los hombres que vigilan la villa, usted tiene derecho a su intimidad, ¿no es así? Por otra parte, si algo ocurriese, nosotros diríamos que estábamos prisioneros de usted, y que sus hombres nos impedían fugarnos de aquí. Ya sé que la realidad es que esos hombres nos protegen a nosotros, pero si algo falla, podríamos convencer a cualquiera de que eran vigilantes, no protectores… Compréndalo: tenemos que guardarnos las espaldas y usted aceptó esta situación… Y no por nada, Courtier, pero le estamos pagando muy generosamente… ¿Qué hora es ya?

—Deben ser las diez menos cuarto.

—Bien… Deberíamos empezar a prepararnos para esa estúpida fiesta, ya que, naturalmente, no queremos comprometerle. Puesto que todo el mundo en Papeete cree que somos sus invitados especialísimos, debemos estar en la fiesta… ¿Está seguro de que nuestros hombres han eliminado a esa jovencita tan encantadora?

—Llamarán de un momento a otro. Koala les dio instrucciones, ustedes lo saben bien… ¿Hay algo que no les guste?

—No sé —Van der Goot se acarició la barba—. Esa jovencita era muy inteligente, y lo prueba el hecho de que llegase hasta usted y que matase, según suponemos, a Pierre y René. Y si los mató a ellos, ha demostrado no sólo ser inteligente, sino peligrosa… Por si algo no ha salido bien, será mejor que nosotros tres desempeñemos nuestro papel de invitados especialísimos… Una cosa, Courtier: ¿ella sospechó algo cuando recibió usted la llamada telefónica en el

«Quinn’s», tal como convinimos?

—En absoluto sospechó nada. Lo que debió pensar fue que ustedes estaban dispuesto a aceptar su oferta de huir con ella esta noche, y que por eso me llamaban para decirme que según los últimos cálculos el cometa no pasaría esta madrugada. Y cuando dije que iba a dar la fiesta, debió prometérselas muy felices.

—Bien… Vayamos a vestirnos para esa estúpida fiesta. Vamos a perder casi un par de horas mientras se realiza la comedia, pero… es inevitable. Tenemos… ¿Qué es eso?

Van der Goot ladeó la cabeza, en actitud de escuchar, y los demás hicieron lo mismo. Muy apagado llegó un rumor que Koala identificó en el acto:

—Llegan las *vahinés* —sonrió, alegremente—. Yo voy a ver esa procesión de antorchas.

Salió rápidamente y Van der Goot, Omolka y Hollenberg se dispusieron a seguirle, pero se detuvieron al observar la inmovilidad de Roland Courtier.

—¿Qué pasa, Courtier? —musitó Omolka.

Éste dejó de contemplar el falso telescopio, y suspiró.

—Me estaba preguntando qué es lo que pretenden ustedes con todo esto… ¿Para qué quieren esa plataforma atómica?

Hubo un breve silencio durante el cual los tres científicos cambiaron miradas regocijadas a la luz de la luna.

—Mire, Courtier, la plataforma en sí no tiene demasiada importancia, sino su contenido. La que tenemos ahora hundida en el mar no muy lejos de aquí, es la primera que interceptamos… Seguirán más, hasta que hayamos… requisado todas las que Rusia y Estados Unidos hayan colocado en órbita. Las iremos interceptando, y apoderándonos de ellas…

—Pero… ¿para qué?

—Bien… Nosotros esperamos que usted seguirá a nuestro lado, y le auguramos… un porvenir brillante. Prácticamente, será usted uno de los amos del mundo.

—¿Uno de los…? ¿De qué hablan?

—No le quepa duda de que mañana, o pasado, o quizá esta misma noche, conseguiremos reparar la avería en el Interceptor y, cuando eso suceda, podremos manejar la plataforma atómica a nuestro gusto Es decir, que podríamos lanzar esas seis bombas

atómicas sobre… Washington, por ejemplo, desde una altura de doscientas o trescientas millas…

—¡No pueden hacer eso! —Palideció Courtier, respingando.

—No, no. No lo haremos. *Solamente diremos que lo vamos a hacer* si Rusia y Estados Unidos no se ponen a nuestras órdenes. ¿Se da cuenta del alcance de esto?

—No… no sé… ¡No lo sé!

—Digamos que va a ser una especie de… chantaje atómico. O nos obedecen, o nosotros lanzamos las bombas de todas las plataformas que actualmente tienen en órbita.

—¡Pero eso sería terrible…! Desencadenaría una guerra atómica entre rusos y americanos, se harían pedazos unos a otros… ¡Sería el fin del mundo!

—En efecto. Y, claro, antes de consentir eso, Estados Unidos y Rusia nos obedecerán a nosotros. Pero no se preocupe; seremos unos amos… benévolos Pero amos. Los amos del mundo. Lo gobernaremos a nuestro antojo, utilizando las dos mayores fuerzas hoy existentes: Rusia y Estados Unidos. ¿Se da cuenta del poder que eso significa? ¿Se da cuenta de lo extraordinario que esto suena? ¡Los amos del mundo!

—*Mon Dieu…* Ustedes… Ustedes no saben lo que dicen…

—¿No? Muy bien: ya se convencerá dentro de unas semanas, Courtier. Y basta de charla; ya se oyen los gritos de esos seres inferiores llenos de insensata alegría…

Capítulo IX

Koala sonreía alegremente, viendo acercarse la procesión de antorchas, salpicando de alegre color rojo la oscuridad plateada. No menos de veinte hombres y otras tantas mujeres habían penetrado ya en la villa y estaban muy cerca de la casa. Los hombres tocaban las guitarras y los tambores unos, y bailaban frenéticamente otros… Las *vahinés,* portando cada una dos antorchas construidas en el hueco de gruesas cañas de bambú, eran un regalo para la vista… Teñidas de color rojo fuego, ataviadas con sus faldas de paja largas hasta los picos y sujetas a mitad de las caderas por un cinturón de flores, que también destacaban en sus cabezas y sobre sus pechos, algunos de ellos descubiertos, las bellas muchachas polinesias concretaban todo lo más bello que Koala podía concebir en la vida.

Integrante de aquella raza, de aquellas gentes alegres, el gigante se olvidó de todo. Su mente, sus ojos, sólo servían ya para gozar de la belleza de las muchachas, que llegaban ya donde todo estaba dispuesto, se distribuían y comenzaban a bailar, agitando las caderas con el rapídisimo ritmo que sólo una *vahiné* puede conseguir… Las falditas de paja parecían ir a saltar de un momento a otro de las morenas caderas que se agitaban sin cesar cada vez a una velocidad mayor, sensuales, sugestivas, prometedoras…

En la noche teñida de rojo, sólo se veían rostros sonrientes, bellos dientes blanquísimos, grandes ojos relucientes, bellas muchachas que estaban llenando de amor urgente el corazón de Koala.

De entrada, estaba bien una *otea*, pero luego… Luego, los ánimos se irían caldeando, se bailarían *taures* más salvajes, más poderosos, más expresivos. Sí. Aquella iba a ser una gran noche para Koala, que buscaba ya, con ojos turbios, la *vahiné* más hermosa, la cual, naturalmente, sería para él…

Y la vio.

La vio de pronto, hacia la izquierda y al fondo, sonriendo, mirando alegremente a todos lados. Tenía una hermosa cabellera negrísima, ondulada, y unas grandiosos ojos sensacionales… Su piel no era tan oscura como la de las otras *vahinés*, pero era más hermosa que la más hermosa de todas, y bailaba con verdadero entusiasmo, aunque quizá no todo lo bien que debiera…

La llegada del coche por el sendero, cuando ya todas las *vahinés* estaban en el pequeño claro en pleno apogeo de baile, distrajo la atención de Koala que se alarmó. Estaba volviéndose en busca de Roland Courtier cuando éste llegó apresuradamente a su lado, inquieto.

—¿Quién llega ahí? —Casi gritó.

—No sé —Koala abrió mucho los ojos—. Espero que no sea esa mujer…

Los dos corrieron hacia donde el auto se había detenido. Y ya antes de llegar, vieron apearse del coche a Jean, el jefe de camareros del «Quinn's», que acudió al encuentro de ambos con una amplísima sonrisa.

—¡Ah, *monsieur* Courtier…! ¿Qué le parece? ¿Lo he organizado bien?

Courtier miraba hacia el coche, del cual se apearon los dos vigilantes que, desde las verjas de entrada a la villa, había acompañado al inesperado visitante, y que se quedaron esperando para acompañarlo de nuevo a las verjas cuando llegase el momento. Mientras tanto, no era una tontería dedicarse a mirar a aquellas seductoras muchachas que seguían bailando con aquel fantástico movimiento de caderas…

—Muy bien, Jean —aprobó Courtier, con expresión preocupada —. Pero…

—He querido venir personalmente para asegurarme de que todo está a su gusto. Si algo falta, o algo sobra, con gusto… ¿No está su bella amiguita por aquí?

—Eso es lo que iba a decirle, Jean; ella no ha llegado.

—Ah… Bueno, puedo regresar inmediatamente al «Quinn's», por si está allí decirle que…

—No, no, no… Es imposible que ella esté allí, Jean; quedamos que vendría aquí, en taxi… a las nueve.

—¿A las nueve? —Jean miró su reloj—. Pero… son casi las diez,

monsieur. Debería usted llamarla por teléfono, quizá…

—Acabo de llamar ahora mismo a su hotel y me han dicho que no está allí, que salió por la mañana y no la han vuelto a ver… *Mon Dieu*, estoy temiendo que haya podido ocurrirle algo…

Jean se desconcertó, parecía no saber qué hacer.

—Bueno… Si yo puedo ayudarle en algo… ¿Quiere que pase por el hotel de la señorita? Podríamos…

—¿Qué ocurre, Courtier?

Jean se volvió y se quedó mirando con curiosidad a los tres ancianos personajes, de los cuales se hablaba mucho en Papeete. Seguramente, él era uno de los pocos que había tenido la fortuna de satisfacer su curiosidad de verlos personalmente. Eran unos tipos raros, desde luego…

—La señorita Lafrance no ha llegado tampoco ahora, profesor Van der Goot —se preocupó muy convincentemente Courtier—. No soy pesimista, pero… me asusta que ella lleve una hora de retraso.

—¿Quiere que ordene que dejen de bailar? —propuso Jean.

—No, no… Nada de alarmar a nadie, Jean… Que siga la fiesta. Respecto a su idea de pasar por el hotel de ella, se lo agradecería mucho. Iría yo mismo, pero quizá Monique llegue mientras tanto… ¿Me hará este favor? ¿Me llamará desde el mismo hotel? Asegúrese de que no está en su *suite*, no sea que la telefonista esté equivocada…

—Quizá sería conveniente avisar a la Policía si ella no está allí, *monsieur* —sugirió Jean.

—Esperaremos… No quiero alarmar a nadie. Por favor, Jean, dese prisa, *Mon Dieu*… ¡Algo debe haberle ocurrido…!

—Tranquilícese, Courtier —sonrió Warren Omolka—. Debería conocer mejor a las mujeres; nunca son puntuales.

—Seguramente es eso —aceptó Jean en el acto—. Bien, regreso a Papeete, señor Courtier; le llamare en cuanto sepa algo.

Se alejó del grupo hacia el coche. Y cuando estuvo lo bastante lejos, los tres científicos ávidos de poder sonrieron sardónicamente.

—Creo que deberíamos acercarnos a la mesa —propuso Stan Hollenberg—. Tiene muy buen aspecto. Venga, Courtier…

Le tomó del brazo y los cuatro se acercaron a la mesa, mientras Koala aprovechaba la ocasión para volver a su puesto de observación… ¡Ah! ¡Ella continuaba allí, en el mismo sitio,

moviendo encantadoramente las caderas…! De pronto, los ojos de la *vahiné* que Koala había seleccionado, se clavaron en él, y la sonrisa se ensanchó en la boca de la muchacha, el ritmo de sus caderas aumentó, y… comenzó a separarse de sus compañeras, hacia los arbustos de flores, sin dejar de mirar a Koala, que se sentía flotando ya en las rosadas nubes del placer que le prometían…

En efecto, la *vahiné* desapareció entre los arbustos de flores cercanos a la piscina, y Koala se lanzó hacia allá como disparado por un cañón, notando como si todos los tambores y todas las músicas del mundo estuviesen latiendo dentro de él, y no fuera… Al introducirse entre los arbustos, se dio de manos a boca con la bellísima *vahiné*, que le echó los brazos al cuello, quedando colgada, riendo…

—*Aué!* —exclamó ella, gozosa—. ¡Tú eres Koala! ¡Te conozco!

Koala asintió enérgicamente con la cabezota.

—Sí, sí… ¡Soy Koala! —farfulló—. Pero a ti nunca te había visto… Ni probado…

—Pues ya me tienes aquí —rió ella—. ¡No! ¡Espera! ¡Estate quieto…! ¡Primero tienes que enseñarme el telescopio!

—¿Qué… qué… qué telescopio…?

—¿Cuál va a ser? —Pareció ella partirse de risa—. ¡El de tu amo! ¡Ese aparato tan grande para ver el cielo…! ¡Vamos a verlo!

Se desasió de los enormes brazos de Koala, le tomó de una mano y tiró de él. Pero fue como querer mover una montaña. Koala ni siquiera se estremeció. Retuvo a la *vahiné* de la piel dorada con un seco gesto poderosísimo.

—No podemos ir allí —negó—. No está permitido…

—¿Ni a ti? —susurró ella—. ¿Ni a mí? ¿Ni a los dos juntos? Eres malo conmigo, Koala… Yo quiero ser buena contigo, pero tú no quieres ser bueno conmigo… ¡Llévame a ver el telescopio!

—No puede ser… No está permitido —insistió—. Además, hay dos hombres vigilándolo siempre, no se puede entrar sin…

—Ya verás cómo sí podré entrar. Es decir, no lo verás. Gracias por tu información, pedazo de bruto. Es todo lo que quería de ti.

—Escucha, tú no…

Koala oyó el primer «plof» muy cercano, perfectamente, nítidamente. Volvió a oír otro «plof», más lejano. Y otro, aún más lejano… El cuarto «plof» ya no lo oyó. Lentamente, como el más

enorme fardo del mundo, fue cayendo hacia delante, tendiendo los brazos hacia la *vahiné*, que parecía esfumarse ante él. Luego, mientras el ya difunto Koala acababa de caer, la *vahiné*, efectivamente, pareció esfumarse completamente, caminando por el jardín hacia la parte de atrás de la casa.

Un minuto más tarde, se asomaba por entre los arbustos, mirando hacia el gran cobertizo donde estaba el telescopio, es decir, el Interceptor de ondas de radio. En seguida, vio a uno de los hombres, ante la puerta…

—Uno —musitó.

Sus ojos giraron, en busca del otro, que tardó casi dos minutos en aparecer. Se acercó al de la puerta, e hizo un comentario que le hizo reír, un tanto excitado. Seguramente, cambiaban comentarios sobre lo agradable que sería poder abandonar la guardia para ir a ver bailar a las Tahitíanas al son de la música que llegaba nítidamente hasta allí. El de la puerta hizo un gesto muy expresivo, y el otro asintió, riendo sordamente…

La *vahiné* de piel dorada y resplandecientes ojos azules alzó su mano derecha, con la pequeña pistola en ella. Ya no había risa en sus labios, ni alegría en sus ojos. Una mueca dura, de determinación, parecía adelgazar, petrificar sus labios.

—Lo siento —susurró.

Plof… Plof…

El primero en alzarse sobre las puntas de los pies, lanzando un ahogado grito de dolor, fue el de la puerta. Cayó hacia su compañero justo cuando éste también se crispaba espasmódicamente, y una pistola aparecía en su mano… Pero la pistola cayó al suelo, y un segundo después, los dos hombres, casi abrazados, caían sobre ella. La música de la *otea* cadenciosa y alegre seguía llegando allí, con una claridad increíble. Era como si los músicos se encontrasen allí mismo.

La *vahiné* esperó un par de minutos, fija su mirada en los dos hombres que yacían en el suelo. Luego, salió cautelosamente y se acercó. Una breve mirada a cada uno la tranquilizó, en el sentido de que nada debía temer de ellos. Entró en el cobertizo y su mirada siempre alerta, fría, se posó en el enorme telescopio. Fue hasta el aparato y deslizó una manita por la lisa superficie mirando ahora hacia el cielo, hacia las estrellas que se veían a simple vista.

—No sé qué eres tú, amiguito —susurró—. Pero, desde luego, no eres un telescopio.

Se subió la falda de paja y de cada muslo, separó una sustancia blanda, maleable, que había estado adherida a sus piernas, como formando parte de ellas, como una gruesa piel. Juntó ambos grupos, presionándolos con grandes precauciones, hasta formar una sola masa. Luego la estiró, como si fuese verdaderamente masa de harina para un pastel, y la fue adhiriendo con suave presión alrededor del Interceptor… Era como una gran salchicha que se iba adaptando a la máquina. Finalmente, hundió en ella una mecha que separó de su cintura, y conectó a ésta un pequeño aparato metálico… Se movía de prisa, pero sin precipitaciones, segura de cada uno de sus gestos en todo momento.

—*Ciao*, telescopio —susurró—. O sea, *aué!*

Salió del cobertizo, volvió a rodear la casa, y se detuvo delante de una ventana, siempre escondida entre los abundantes arbustos de flores. Movió negativamente la cabeza y siguió buscando el lugar propicio… El ritmo de las guitarras y los tambores proseguía, y se imaginó a las bonitas muchachas Tahitíanas en su danza, riendo, riendo, riendo… Cuando se detuvo ante la cuarta ventana, asintió con la cabeza. De debajo de la falda de paja, sobre la pelvis, despegó el paquete de cigarrillos, y tiró de uno de ellos.

—¿Jean Jacques? —susurró.

—¿Está usted bien? —exclamó el viejo Tahitíano.

—Sí. Llame ahora mismo. En seguida.

Capítulo X

El criado se detuvo junto a Roland Courtier, que le miró con indiferencia.

—Le llaman al teléfono, *monsieur* —musitó el muchacho—. Me han dicho que atienda usted la llamada en el despacho. Es importante.

—Voy en seguida —el criado se alejó y Courtier miró a Van der Goot que le contemplaba atentamente—. Deben ser ellos, que van a comunicarme la muerte de Monique Lafrance.

—Magnífico. Vaya a asegurarse de eso, Courtier. Y una vez confirmada la muerte de ella, suspenderemos esta fiesta, a fin de que usted se traslade a Papeete para… buscarla, muy preocupado.

Hollenberg y Omolka asintieron, satisfechos. Courtier inclinó la cabeza y se dirigió hacia la casa. Fue a su despacho, descolgó el auricular del teléfono y…

—¿Diga?

—Courtier —oyó una voz desconocida—, no se mueva. Detrás de usted hay una pistola apuntándole, en la ventana. Ahora, deposite el teléfono sobre la mesa, no en su soporte, y vuélvase muy despacio.

—¿Quién es usted? —exclamó Courtier.

—Haga lo que le he dicho —ordenó la cascada voz.

No costaba nada ser prudente. Roland Courtier depositó el auricular sobre la mesa y se volvió despacio hacia la ventana. Sus ojos se desorbitaron al ver ante él, ya dentro del despacho, a la bellísima muchacha Tahitíana de ojos azules… Mezcla de razas Era frecuente encontrar ojos azules en aquellas muchachas…

—¿Qué quieres? —farfulló Courtier—. ¿Qué haces aquí?

La *vahiné* sonrió, y adelantó su mano derecha, de modo que Courtier pudo ver entonces perfectamente la pistolita. Petrificado de asombro, la vio dirigirse hacia la puerta, cerrarla y, entonces,

ampliar su sonrisa.

—Hola, Roland querido —dijo.

Roland Courtier quedó como si sobre su cabeza acabara de descargar un rayo. Su rostro perdió todo color, su boca se abrió, sus párpados se agitaron…

—No… no es posible… Tu voz… ¿Monique?

—Monique Lafrance, disfrutando de su disfraz de *vahiné*, en efecto —admitió ella—. Mi pelo puede ser negro o rubio en pocos minutos, gracias a tintes especiales de altísima calidad. En cuanto a mis ojos, bastan unas lentillas de contacto para hacerles cambiar de color. Para más detalles sobre mi persona, puedes preguntar a la CIA qué opinan de su agente Baby.

—¡No! —gritó Courtier, palideciendo como un cadáver.

—Amor —la voz de ella pareció congelarse—, tenemos muy poco tiempo y mucho que conversar. Respecto a la verdadera situación de tus tres colegas… astrónomos en esta casa, no preciso explicaciones, pues lo comprendí esta tarde; sólo si ellos te habían dicho que les había propuesto la huida, tenías motivos para desconfiar de mí y, por tanto, ordenar mi muerte. Yo maté a tus dos enviados, he llegado con el grupo Tahitíano tranquilamente…

—Pero… ¿cómo…?

—Muy sencillo; los esperé cerca de esta villa, y cuando pasaban, ya a pie, me uní a las chicas. Todo es fácil de entender, mi amor. Todo, menos un par de cositas. Y esas son las que vas a aclararme… a menos que prefieras que te mate.

Roland Courtier entornó los ojos.

—No te atreverás —sonrió torcidamente.

Plof.

La bala disparada por la bellísima y exótica *vahiné* de ojos color cielo, se clavó en el costado derecho de Courtier, que lanzó un chillido, giró, cayó de rodillas al suelo… y cuando iba a incorporarse, recibió un tremendo puntapié en la barbilla, que le tiró rodando hacia un rincón. De nuevo intentó ponerse en pie, pero la *vahiné* maravillosa se arrodilló junto a él y le puso la pistolita exactamente en las narices.

—Roland —dijo con voz que escalofrió a Courtier—, no estoy bromeando. Si me obligas a disparar de nuevo, será a tu cabeza. ¿Está claro?

—¿Qué… qué esperas de mí…?

—Hablemos de ese… telescopio, de cómo lo han utilizado para conseguir «derribar» una plataforma atómica rusa, dónde está la plataforma… y que se proponen esos tres locos. Tienes solamente tres minutos para explicarte de modo que yo lo entienda todo El tiempo está en marcha, Roland.

—¡No sé cómo funciona ese trasto…!

—Cálmate. No te pongas histérico… Sólo soy una mujer, querido. Vamos a ver si consigues explicarme lo que sepas de todo esto. Adelante.

—Ese… ese aparato no es un telescopio. Ellos lo llaman Interceptor, pero no sé cómo funciona. Lo que sí sé…

Durante tres minutos escasos, explicándose magníficamente, quizá hipnotizado por aquella azul mirada directa, fría, dura, implacable, Roland Courtier estuvo explicando lo que sabía del Interceptor, de los proyectos de los tres científicos, de la plataforma soviética hundida…

—Los amos del mundo —torció el gesto Baby—. En cierto modo, no estaría mal, ya que si realmente hubiese alguien que fuese amo del mundo, evitaría las catástrofes en éste. O sea, no permitiría guerras, cortaría de raíz las epidemias, solucionaría el problema del hambre… Cuantos más súbditos sanos y en paz, más poder… Pero, en mi humilde opinión, ningún hombre está actualmente preparado para gobernar el mundo. Y menos, tres hombres a la vez. Sería un… triunvirato fatídico. Eso, aparte de que esos tres caballeros deben estar locos si esperan coaccionar de ese modo a Estados Unidos y Rusia… Aunque… ¿por qué no?

—¿Qué… qué vas a hacer ahora…?

—¿Conoces la situación exacta de esa plataforma?

—No…

—Roland, si no sabes nada de nada, consideraré que ya no te necesito para nada. ¿Lo sabes?

—Sí.

—Levántate —se apartó, y señaló la mesa del despacho—. Toma un mapa y marca la situación de esa plataforma, añadiendo las coordenadas geográficas. Lo quiero con toda exactitud… ¿Tienes el mapa que te pido?

—Sí… Tengo… tengo algunos mapas, sí…

—Haz lo que te he dicho. Y de prisa… Pero bien.

Roland Courtier fue a su mesa, abrió un cajón, metió la mano dentro… y al alzar la mirada vio a Monique Lafrance, alias Baby, alias la más bella *vahiné* del mundo, fija en él, brillando en las refulgentes pupilas azules unas chispas de ironía que le pareció perversa. Ninguno de los dos dijo nada, pero Courtier comprendió. Sacó un mapa, lo estudió un instante, marcó una fina cruz con un bolígrafo, hacia el Sur de Tahití unas cuarenta millas, y luego marcó la longitud y la latitud exacta, con grados, minutos y segundos…

—Ya está —susurró.

Baby se acercó, tomó el mapa, le echó un brevísimo vistazo, y asintió con la cabeza.

—Te voy a dar el mejor consejo que jamás habrás recibido, Roland; quédate aquí tranquilamente durante media hora, por lo menos. Luego, haz lo que quieras, pero te lo advierto: la próxima vez que atraigas mi atención hacia tu persona, te mataré. Ahora, vuélvete de espaldas, para que yo pueda marcharme sin preocupaciones. Insisto: quédate aquí media hora, o te pasará lo mismo que a ese aparato que llamáis Interceptor.

—No… no te entiendo…

—Digamos que sufrirías una avería.

—¿Has estado… en el cobertizo…?

—Así es. Dudo que ese trasto pueda seguir trabajando; ahora, vuélvete de espaldas. Y… ten cuidado, Roland: no abuses de mi generosidad, de mi perdón. Dedícate a otras cosas. Eres muy guapo, así que —sonrió burlonamente—, dedícate al cine, o algo así. Vuélvete. Y no salgas, te lo advierto.

Roland Courtier se volvió de espaldas a la ventana, y permaneció inmóvil durante unos segundos. Cuando se volvió, Monique Lafrance, ahora morena y de ojos inmensamente azules, seguía allí, y le hizo un gracioso gesto amenazador con un dedito, de modo que Courtier se apresuró a volverse nuevamente de espaldas. Esta vez, tardó no menos de tres minutos en volverse, muy despacio… Y la más hermosa *vahiné* de los Mares del Sur ya no estaba allí.

Como un rayo, Courtier salió del despacho, luego de la casa, y corrió hacia donde, de pie esperando ante la larga y bien provista y surtida mesa a ras del suelo, los tres «genios» conversaban

sosegadamente, esperando que se resolviese de una vez toda aquella comedia para volver a su aparato.

—¡Monique! —jadeó Courtier cuando se detuvo ante ellos, que le miraron sobresaltados—. ¡Monique ha estado aquí ahora mismo, no ha muerto, fue ella quien mató…!

—Cálmese —exigió Omolka, con voz chillona—. ¿Qué está usted diciendo, Courtier?

—¡Ella ha estado aquí, vestida como una de esas chicas, y me ha dicho que ha estropeado el Interceptor, o algo así…! ¡Esperen!

Demudados súbitamente sus rostros, los tres decrépitos personajes corrían ya hacia el interior de la casa, y Courtier se lanzó tras ellos. La cruzaron rápidamente, salieron por la puerta de atrás, recorrieron la distancia hasta el cobertizo… y Hollenberg, que iba en primer lugar, cayó de bruces al tropezar con los cuerpos de los dos vigilantes, se levantó rápidamente, aullando de rabia, y entró detrás de sus dos colegas y de Courtier, el cual encendió la luz inmediatamente.

—¡No hay nada estropeado! —chilló Van der Goot, al ver el aparato intacto.

—Puede que algún mecanismo interior… —empezó Omolka.

Se calló y, como los demás, se quedó contemplando, atónito, como si no pudiera comprender lo que significaba, aquel puntito incandescente que se desplazaba, consumiendo la mecha hundida en aquella cosa que parecía masa para hacer un rico pastel… Courtier fue el primero en comprender el terrible significado de aquello, en dar el primer paso, dispuesto a arrancar la mecha de aquella tremenda carga de explosivo plástico adherida al Interceptor.

Y justo cuando daba aquel paso, la mecha se terminó.

A muy poca distancia de allí, los Tahitíanos dejaron de bailar, sobresaltadísimos, cuando se produjo la tremenda explosión. Toda la casa tembló, las palmeras se agitaron, algunas hojas fueron arrancadas; del suelo pareció brotar, al otro lado de la casa, un pequeño infierno rojo, negro, amarillo y morado… Algunos cristales saltaron hechos pedazos, el suelo tembló… En un segundo, mientras del cielo llovían pedazos de árbol, maderos astillados, y pedazos de metal retorcido, la música y las risas se convirtieron en alaridos de pavor, en gritos histéricos de las *vahinés*, que corrían alocadamente

de un lado a otro, sin saber cómo alejarse de aquel fuego que comenzó a resplandecer continuadamente al otro lado de la casa… Era como si las bonitas *vahinés* se hubieran convertido en asustadas mariposas de colores…

Excepto una de ellas, que tras alzar la cabeza al oír la explosión y ver el intensísimo resplandor, siguió recogiendo en una bolsa de sólido papel parte de las apetitosas viandas que habían sido dispuestas para una fiesta… que jamás habría de celebrarse.

Y no precisamente por ausencia de la principal invitada, la nunca suficientemente llorada *mademoiselle* Monique Lafrance.

* * *

—¡Por el Kremlin! —exclamó Hipolit Galitzin—. ¿Y esto qué es?

—*Paté Strasbourg*, si no me equivoco —sonrió Irina Versakoia—. ¿Te gusta, camarada Hipolit?

—¡Delicioso! ¿Dónde lo has conseguido?

—En una fiesta. Come tranquilo, no te precipites… Y no comas mucho, esta vez. Escucha, estamos en la casa de un amigo nuestro llamado Jean Jacques. Mejor dicho, la casa es de un nieto suyo. Es un vejete que, a partir de esto, se retirará del espionaje, de modo que lo dejaremos para siempre en paz. ¿De acuerdo?

—Claro. ¿Qué pasa? Hablas como si…

—Yo tengo que salir ahora —sonrió cariñosamente Irina Versakoia—. Pero Micha vendrá pronto, a ver cómo estás. ¿Tú sabes si tenemos submarinos por aquí cerca, buscando la plataforma?

—Claro —asintió Galitzin—. Pero algo pasa, porque no consiguen recibir ondas de…

—Oh, ya no importa eso, porque sabemos dónde está. De modo que sólo será necesario que Micha avise a los submarinos, los cuales se encargarán de recuperar esa plataforma. Mira, este es el plano, y aquí, se hundió la plataforma… Hay una cruz marcando el lugar, y además tenemos anotadas la latitud y longitud exactas. Será fácil recuperar la plataforma.

—¿A dónde vas tú?

—A comprar algunas cositas en Papeete. Has dormido toda la noche y como veo que estás bien, te voy a dejar solito desayunando, hasta que venga Micha. ¿De acuerdo?

—Claro… Ve tranquila.

—No olvides entregarle el plano a Micha. Adiós, Hipolit.

—Hasta luego, querrás decir. Oye, te diré una cosa: eres la rusa más rusa que he conocido en mi vida de ruso.

—¡Seguro! —rió la rubia Monique Lafrance—. Adiós, Hipolit.

Salió de la habitación y, en el acto, Jean Jacques se abalanzó prácticamente contra ella, demudado el rostro.

—¿Está loca? —jadeó—. ¡Cuando sepan que yo…!

—No le harán nada —sonrió Monique—. Absolutamente nada. No le molestarán en lo más mínimo, porque Micha Ignatief sabrá muy bien a qué atenerse, Y una última cosa, Jean Jacques: este es un hermoso día de una hermosa vida para que usted se retire del espionaje.

—Pero…

—Hágame caso. Ya ha conocido a Baby, ha colaborado en una de sus espectaculares misiones… ¿O no le ha parecido lo bastante espectacular?

—Sí… ¡Sí, ciertamente! Pero…

—Recibirá un cheque por doscientos cincuenta mil dólares de la CIA ¿Suficiente?

—¿Doscien…? ¡Con esa cantidad sí que podría pensar solamente en vender instrumentos musicales, y…!

—Recibirá el cheque oportunamente. Ahora, Jean Jacques —le tendió la mano, sonriendo dulcemente—, digámonos adiós para siempre. Vuelva a su tienda y olvídese del espionaje.

—Pero esos rusos…

—No le harán nada. Vámonos. Será mejor que estemos lejos de aquí cuando Micha Ignatief y los demás agentes de la M. V. D. vengan a recoger a su compañero… Encárguese de avisarles usted mismo. *Aué!*

Jean Jacques se pasó la mano por la sudorosa frente. Pero acabó sonriendo, ciegamente confiado.

—*Aué!* Ojalá los rusos reaccionen como usted dice, Baby.

* * *

—¡Hey, hola! —sonrió Hipolit Galitzin—. Pasad… ¿Queréis un poco de *Paté Strasbourg*, o *Chateaubriand* con alcachofas y…? ¿Qué os

pasa? ¿Por qué tenéis las pistolas en las manos como…?

—¿Estás bien, Hipolit? —preguntó tensamente Micha Ignatief.

—¡Claro que estoy bien! ¡Ella me ha cuidado estupendamente!

—¿Ella? ¿Quién?

Galitzin frunció el ceño.

—¿Quién va a ser? ¡Irina!

Los demás rusos cambiaron miradas de desconcierto…

—¿Qué Irina, Hipolit?

—Irina Versakoia, tu… amiguita, hombre. ¿No queréis *Paté*? Ah, Micha, ella me entregó esto para ti, supongo que por si habías olvidado algún detalle sobre la situación de la plataforma. Toma.

Micha Ignatief tomó el mapa, lo desdobló, le echó un vistazo y palideció. Inmediatamente, se volvió hacia sus compañeros, señalando a dos de ellos.

—Volodia, Antipov, salid inmediatamente con la lancha hacia alta mar. Llamad por la radio al submarino de mando; que emerjan… Entregadles el mapa y volved, Ellos se ocuparán de recuperar la plataforma… Nosotros ya no podemos hacer más… Si es que hemos hecho algo aparte del imbécil, cosa que dudo.

Los dos espías salieron a toda velocidad de la casa, mientras Hipolit Galitzin, desconcertado, miraba a uno y otro de sus compañeros.

—Pero… ¿qué os pasa? Parece como si estuviéseis sorprendidos por algo. ¿Acaso no sabíais dónde está la plataforma?

Ignatief acercó una silla, se sentó junto a su compañero, y le miró amablemente.

—Háblanos de Irina, Hipolit. ¿Cómo es?

El herido quedó estupefacto.

—¿Qué cómo es? ¡Oye, si piensas tomarme el pelo…!

—¿Es rubia? ¿Un metro setenta, ojos verdes, muy hermosa, con un cuerpo espléndido, risueña…?

—¡Naturalmente! Ella me trajo aquí, a la casa de un viejo llamado Jean Jacques, o algo así…

—Olvida a ese viejo. No nos interesa en absoluto bajo ningún concepto. Volvamos a Irina; ¿te dijo qué nombre está utilizando en Tahití?

—Claro. Monique Lafrance, o algo así… ¡Eh! ¿A dónde vas…? ¿Qué le pasa? —masculló Galitzin, cuando Ignatief hubo

desaparecido del cuarto, mirando a los demás—. ¿Se ha vuelto loco?

—No creo —masculló Vassin—. Seguramente, sólo quiere ir a darle las gracias a… Irina Versakoia.

* * *

En el «Grand Hotel», el conserje asintió con la cabeza, muy sonriente.

—Una señorita encantadora, en efecto… Sí, ha estado aquí, pero ya se ha marchado.

—¿Se ha marchado? ¿Cuándo volverá?

¿Quién sabe, *monsieur*? Ella ha pagado su cuenta y se ha marchado. Nosotros mismos encargamos para ella su pasaje de avión con destino a Los Angeles…

—¿Qué compañía? ¿Qué vuelo?

—Panam… Vuelo… Sí: el siete-uno-siete, *monsieur*. Si desea dejar un…

Pero Micha Ignatief corría ya por el vestíbulo, Afuera, tomó un taxi y casi gritó:

—¡Al aeropuerto!

Este es el final

Los altavoces estaban anunciando ya el vuelo 717 con destino a Los Angeles cuando Micha Ignatief llegó a la sala de espera. Justo en aquel momento, los pasajeros de aquel vuelo comenzaron a dirigirse a la puerta de salida de la sala, y el espía soviético, con los ojos desorbitados por la atención que prestaba a todas las mujeres del pasaje, se detuvo, jadeante, a un lado de la puerta de salida. Si ella tomaba aquel avión, él la vería…

—¿*Monsieur* Ignatief? —Oyó junto a él.

Micha se volvió como un rayo. Se quedó mirando, desconcertado, al camarero del bar de la sala de espera, que tenía un papel en la mano.

—Sí —musitó—. Soy yo.

—La descripción que me dieron no podía fallar —sonrió el joven Tahitíano—. Esto es para usted, *monsieur*. Y no puedo aceptar propina porque me dieron una espléndida en verdad…

—¿Quién?

—Una dama —el Tahitíano sonrió y entornó los ojos—. Una dama rubia y hermosa como el sol, *monsieur*.

—¿Cuánto hace de eso?

—Un cuarto de hora, más o menos.

—Bien… Muchas gracias.

El camarero regresó al bar, y el ruso desdobló el papel Estaba escrito en ruso:

Colega Micha Ignatief:

Quizá le sorprenda que le haya facilitado la recuperación de su plataforma atómica, pero pienso que seis bombas más o menos no van a influir en nada, tal como están las cosas. Espero que sus submarinos las localicen pronto, y las lleven de regreso a Rusia…, de donde no debieron salir jamás. Por desgracia, no puedo

reprochar a Rusia lo sucedido, ya que también U. S. A. tiene plataformas atómicas. Si tuviese ganas de broma, le diría que sugiriese usted en Moscú que tiren de una vez todas las bombas, y que U. S. A. haga lo mismo. Quedaríamos muy pocos, pero, al menos, viviríamos en paz. Mucho le agradeceré que no molesten ustedes al pobre viejo Jean Jacques, que está a punto de jubilarse. Se lo merece. Saludos al simpático Hipolit y, a usted, aunque no ha sido precisamente simpático, un saludo muy especial: aué*!*

Sin firma

Micha Ignatief quedó pensativo, contemplando aquella misiva redactada con desigual letra imposible de identificar…

—¿Me permite? —Oyó en inglés.

Se volvió vivamente y parpadeó al contemplar a la bellísima mujer de ojos azules y negra cabellera que le contemplaba atentamente, como si temiera que él no fuese a permitirle pasar para tomar su avión, precisamente el vuelo 717.

—Sí… Perdón, señorita…

—Gracias.

Se apartó, y la sensacional criatura de ojos color cielo pasó junto a él camino de la pista. Durante unos segundos, Micha Ignatief la estuvo mirando, como fascinado…, hasta que, bruscamente, recordó que estaba allí para intentar darle explicaciones a la rubia y parlanchina Monique Lafrance…

Pero, cuando veinte minutos después, el avión de la Panam del vuelo siete-uno-siete despegaba, el espía soviético no había conseguido ver a Monique Lafrance.

—Otra vez será —musitó Micha; con la llama del encendedor prendió el papel del mensaje, encendió un cigarrillo, con aquella llama mayor y, de pronto, sonrió como divertido—. *Aué…* Baby!

FIN